

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

SERVICIO  
SECRETO

SS

HARTER,  
INVESTIGADOR  
PRIVADO

*Clifford  
Hilton*



SOLAMENTE MAYORES  
DE 18 AÑOS





# SERVICIO SECRETO







**CLIFFORD HILTON**

# **HARTER, INVESTIGADOR PRIVADO**

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.601

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES**

**CARACAS - MÉXICO**





ISBN 84 02 02513-7  
Depósito legal: B. 4.919-1981  
Impreso en España - Printed in Spain

1.<sup>a</sup> edición: abril, 1981  
© Clifford Hilton - 1981

texto  
© J. Núñez -1981

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de  
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen  
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son  
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por  
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades  
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1981



## CAPÍTULO PRIMERO

Estaba de pie en el umbral de la oficina y parecía asustado. Tendría alrededor de cincuenta años y era un hombre alto y atlético. Sus cabellos negros estaban salpicados por algunas canas. Sus ojos eran azules y fríos.

Antes de trasponer la puerta, el hombre miró dos veces hacia atrás como si tuviese miedo de que alguien le estuviese espiando.

Finalmente se decidió a entrar y cerró la puerta tras de sí.

—¿Al Harter? —preguntó.

—Sí —respondí—. Pase.

El hombre avanzó hacia mí con paso vacilante y me miró desde el otro lado del escritorio.

Se mostraba indeciso.

—¿En qué puedo servirle? —pregunté, intentando animarle.

El hombre se llevó la mano al bolsillo interior de su americana y extrajo una tarjeta. Me la extendió.

Cogí la tarjeta y leí:

«Arnold Sharper  
Importador - Exportador»

Dejé la tarjeta sobre la mesa y le miré interrogante.

El hombre permaneció de pie sin decir una palabra.

—Tome asiento, señor Sharper.

El hombre se sentó. Al hacerlo, noté que sus manos temblaban levemente al apoyarlas sobre el escritorio. Parecía estar bajo el efecto de alguna droga o bajo la presión de una fuerte tensión nerviosa.

Durante unos segundos nos miramos en silencio.

Finalmente él carraspeó y dijo:

—He venido a contratar sus servicios.

—¿Para qué asunto?

Arnold Sharper se echó hacia atrás en el asiento recostándose contra el respaldo.

En su rostro apareció nuevamente, una expresión de indecisión.

—No sé si debo decírselo.

Estaba empezando a cansarme de aquel juego.

—Decídase de una vez —dije con dureza—. Usted debe saber mejor que nadie si necesita o no un detective.

—Sí, creo que lo necesito —se apresuró a responder.

—Entonces no me haga perder más tiempo. Dígame de qué asunto se trata o salga de mi oficina. Tengo otras cosas que atender.

Sharper sacó de uno de sus bolsillos un paquete de cigarrillos. Me ofreció uno. El temblor de sus manos se había acentuado aún más. Cogí el cigarrillo y lo encendí después de haberlo hecho con el suyo. Él aspiró una gran bocanada de humo y pareció relajarse un poco.

—Está bien, Harter. Tiene usted razón. Quizá mi conducta le parezca un tanto extraña, pero estoy bajo una fuerte tensión nerviosa.

—A causa de algo por lo cual está usted aquí. ¿Me equivoco?

—No. Hace ya varios meses que debí haber contratado a un detective. Pero siempre temí dar ese paso. Me parecía que todo podría arreglarse sin necesidad de inmiscuir a terceros.

—¿Por qué se decidió precisamente ahora?

Después de una pausa, Sharper respondió:

—Ya no podía aguantarlo más. Me estaba destruyendo.

—¿Por qué no empieza por el principio, señor Sharper?

El hombre sonrió nerviosamente.

Aplastó el cigarrillo casi entero en el cenicero y dijo:

—Sí, tiene usted razón. Se lo contaré todo.

Saqué un bloc y un bolígrafo de uno de los cajones y me dispuse a tomar notas.

—Hace algunos años, estando de vacaciones en Miami, conocí a John Brewing. Éste era un hombre emprendedor, simpático y galante. Un verdadero relaciones públicas. Yo, en aquel entonces, ya tenía mi empresa y pensé que Brewing podría serme útil no sólo por su talento para las relaciones sociales sino porque tenía importantes contactos en el Japón. Yo venía luchando desde hacía

más de cinco años por introducirme en aquel mercado y pensé que Brewing me podría ayudar. Además le habíamos tomado un gran aprecio.

—¿Habíamos?

—Linda y yo —dijo.

—¿Quién es Linda?

—Mi mujer.

—Continúe. Le escucho.

—Cuando regresé de Nueva York le propuse a Brewing un importante cargo ejecutivo en mi empresa. Él aceptó y debo admitir que desempeñó su cargo con gran eficacia. Nos introdujimos en el mercado japonés con gran éxito, por lo que decidí asociarlo en el negocio a partes iguales. Ése fue mi gran error.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace ahora dieciocho meses. Durante el primer año nuestra sociedad funcionó a la perfección. Brewing se encargaba de los negocios con el Japón y yo confiaba ciegamente en él. Puntualmente llegaba la mercadería procedente de Tokio y Brewing retiraba el dinero para efectuar los pagos. Sin embargo ese dinero no llegaba nunca a manos de los japoneses.

—¿Cómo lo supo usted?

Sharper extrajo una hoja mecanografiada de uno de los bolsillos de su americana. La arrojó sobre la mesa.

—Léalo usted mismo.

Cogí el papel y le eché una ojeada.

Estaba fechado en Tokio seis meses atrás y dirigida a John Brewing. En ella se le exigía el pago de cinco millones de dólares a cambio de cierta mercadería que ya se le había enviado.

Le devolví el papel y pregunté:

—¿Por qué no lo denunció a la policía?

—Pensé hacerlo. Le juro que pensé hacerlo, pero no me animé. ¿Qué ganaría con ello? Brewing sería enviado a la cárcel y yo no recuperaría ni un solo dólar.

Enarqué las cejas, extrañado.

—¿Por qué? Supongo que el juez le obligaría a pagar la deuda.

Sharper movió negativamente la cabeza.

—No podría hacerlo aunque quisiera. Brewing no tiene un céntimo en el banco.

Aquella respuesta me pareció absolutamente disparatada.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—He revisado sus cuentas bancarias.

—¿Y dónde han ido a parar los cinco millones?

Sharper se encogió de hombros.

Luego dijo:

—No tengo idea. Ésa es una de las cosas que quiero que usted averigüe.

—¿Qué más desea saber?

—Quiero que vigile a Brewing, que siga todos sus pasos. Además quiero un informe detallado de las personas que le visitan.

—¿Con qué objeto?

—Conociendo sus actividades me será más fácil saber dónde va a parar el dinero que me estafa. Una vez que lo sepa intentaré recuperarlo. Si no lo consigo será mi ruina.

—¿Dónde puedo encontrar a Brewing?

—Tiene un chalet fuera de la ciudad —me extendió un papel con su dirección—. Pero, por favor, que no se entere que le vigilan.

—Quisiera hablar con él.

Sharper se sobresaltó y su rostro pareció palidecer.

—No... no puede verle.

—¿Por qué?

—Despertaría sus sospechas. No quiero que sospeche que se le está vigilando. ¿Entendido?

—Puedo buscar cualquier excusa.

—¡No! —gritó ofuscado.

Había algo extraño en su comportamiento.

Sentía verdadero terror ante la posibilidad de que Brewing se enterase de sus sospechas. Decidí no insistir en el asunto.

—Está bien —dije—. Me limitaré a vigilarle de lejos.

Sharper suspiró aliviado.

—Sólo quiero una lista de las personas que le visitan y de los lugares a los que se dirige. Nada más que eso.

Sharper se levantó del asiento con la intención de retirarse.

—Aún no he aceptado el caso —dije.

Me miró incrédulo.

—¿Pero lo aceptará, verdad?

—Antes tenemos que hablar de mis honorarios.

—Por eso no habrá problemas —dijo—. ¿Cincuenta diarios más gastos?

Era más de lo que yo solía cobrar.

—Está bien —respondí—. Doscientos por anticipado.

El hombre sacó su abultada cartera y dejó dos billetes de cien sobre la mesa.

—Manténgame informado —dijo, y salió de la oficina.

Era una casa de dos plantas con el techo a dos aguas.

Debajo mismo del ángulo que formaban los tejados había una pequeña ventanita que seguramente pertenecía a una buhardilla. La puerta de la fachada era de madera fina y estaba flanqueada por dos grandes ventanas. Al costado derecho de la casa se encontraba un pequeño garaje de puertas automáticas. Un pequeño jardín lleno de flores bordeaba ambas construcciones.

Detuve el coche a veinte metros de la casa y me dediqué a esperar.

No había pasado mucho tiempo cuando se abrió la puerta de la calle y apareció John Brewing.

Al menos yo suponía que lo era.

No tendría más de cuarenta y cinco años y era ese tipo de hombre que gusta a las mujeres.

Medía algo más de un metro ochenta y no le sobraba una pizca de grasa.

Su cabello rubio formaba un mechón sobre la frente.

Llevaba un elegante traje de hilo color crema y zapatos negros.

Me acomodé en el asiento y puse el motor en marcha.

Brewing entró en el garaje y segundos después reapareció al volante de un soberbio Chevrolet.

Pasó junto a mí sin prestarme la menor atención y cogió en dirección a la ciudad. Esperé que se alejara un poco y salí tras él.

Brewing conducía con extremada prudencia por lo que no me resultaba difícil seguirle. Me guiaba por los destellos rojos de sus faros traseros en medio de la oscuridad.

Al entrar a la ciudad me acerqué un poco para no perderlo entre los coches. Sin embargo, eran ya cerca de las diez de la noche y el tráfico era más bien escaso.

Después de recorrer algunas calles, Brewing aparcó el Chevrolet frente a la puerta de un club nocturno.

Un cartel luminoso sobre la fachada rezaba: BONANZA CLUB.

Brewing saludó al portero con un gesto, como si fuesen viejos conocidos, y entró en el local.

Aparqué mi coche detrás del suyo y seguí su camino.

Después de acostumbrar los ojos a la semioscuridad del local me dirigí a la barra y me senté en un taburete. El *barman se me acercó luciendo una amplia sonrisa.*

—¿Qué desea el señor?

—Un escocés sin hielo.

El *barman puso un vaso delante de mí y lo llenó de whisky.*

Después se alejó.

Con el vaso en la mano hice girar el taburete y me recosté contra la barra, de cara a las mesas.

Una mujer, empleada de la casa, me sonrió desde una de las mesas. Le devolví la sonrisa y recorrí el local con la mirada. Curiosamente estaba casi vacío y Brewing no estaba allí.

«Es extraño —pensé—. La calle está llena de coches aparcados y aquí no hay un alma. ¿Dónde se habrán metido?».

También me extrañaba la ausencia de Brewing, al que había visto entrar con mis propios ojos.

Una pequeña puerta al fondo del local me sugirió la solución.

Un discreto cartel colgado sobre ella decía:

«PRIVADO»

Vacíé mi vaso de *whisky* y me encaminé hasta la puerta.

Un mastodonte vestido con un ridículo uniforme verde y pajarita negra me cerró el paso.

—¿Adónde va, amigo?

—A la sala de al lado —respondí con toda naturalidad, y di un paso más hacia la puerta. El hombre me sujetó por un brazo y sentí sus dedos duros como el acero presionándome la piel.

—¿Tiene pase?

—No.

—Lo siento, amigo. Sólo se puede entrar con pase.

Metí la mano en el bolsillo interior de la americana y saqué mi cartera. Le enseñé, como al descuido, una cantidad de billetes y extraje uno de diez dólares.

El hombre no se inmutó.

—Sin pase no se puede entrar —insistió en tono amenazante.

Saqué otro billete y los sujeté con el pulgar contra la palma de la mano. Extendí la mano hacia él y dije:

—Soy amigo del señor Brewing.

El mastodonte enarcó las cejas.

—El señor Brewing acaba de entrar. ¿Por qué no entró usted con él?

—Me retrasé unos minutos —dije, poniéndole los dos billetes en la mano.

—Está bien —dijo guardándose los billetes en el bolsillo—. Pero la próxima vez tiene que traer el pase.

—No me olvidaré.

El hombre abrió la puerta y la luz blanca e intensa estuvo a punto de encegucarme.

Era un amplio sótano lleno de mesas de ruleta, póquer y *baccarat*.

Más de cien personas se distribuían por las mesas y una densa humareda viciaba el aire. Descendí las escalinatas y recorrí las distintas mesas buscando a Brewing.

Tampoco aquí le encontré.

Estaba dispuesto a marcharme cuando se abrió una de las puertas que daba a la sala de juegos y apareció Brewing acompañado por un hombre bajo y delgado.

El rostro de Brewing estaba congestionado.

Parecía enfermo.

El hombrecillo le acompañó hasta la puerta.

Antes de salir ambos intercambiaron unas palabras. No pude oír lo que decían, pero parecían estar discutiendo.

Finalmente, Brewing abrió la puerta y salió del local. Esperé unos segundos y salí tras él.

En el bar, el mastodonte quiso interpelarme, pero me deshice de él con un gesto y salí a la calle en el preciso instante en que Brewing arrancaba raudamente en dirección contraria al centro.

## CAPÍTULO II

En el camino de regreso a la casa me fue mucho más difícil seguir su coche. Ya sea por el enfado que parecía llevar encima o porque a aquella hora la carretera estaba totalmente desierta, lo cierto es que el Chevrolet corría a una velocidad desenfrenada.

Durante el primer tramo intenté no perderle de vista. Debí esmerarme al máximo para conseguirlo y el motor de mi Plymouth rugía como un condenado. Cuando la aguja de mi velocímetro marcó las noventa millas decidí que si quería matarse lo hiciera él solo.

Reduje la velocidad y vi cómo el destello rojo de sus faros posteriores se perdía en medio de la oscuridad hasta desaparecer totalmente.

De todas formas no había posibilidad de equivocación.

Iba directamente a su casa.

Cuando llegué, vi que el Chevrolet estaba aparcado en la puerta de la casa.

No se había molestado en guardarlo en el garaje.

Todas las luces estaban apagadas a excepción de la de la buhardilla. Poco después ésta también se apagó y la casa quedó sumida en una profunda oscuridad.

Decidí que yo también tenía derecho a dormir. Puse el motor en marcha y enfilé hacia un motel que se encontraba a un kilómetro de allí.

Un conserje con cara de sueño me tomó los datos y me dio las llaves.

—¿Viene solo? —preguntó.

—Sí.

—¿No trae maletas?

—No.

El conserje se encogió de hombros como si todo aquello le

pareciese muy raro.

Me dirigí a la habitación, me quité la ropa y me eché sobre la cama.

Hacía un calor endemoniado, pero eso no me importó.

Cinco minutos después estaba durmiendo como un lirón.

A la mañana siguiente me desperté a las ocho. Me duché, me afeité y salí de la habitación.

El conserje aún estaba detrás del mostrador.

—¿Cuánto es? —pregunté.

—Cinco dólares.

Le pagué y fui a buscar el coche. Puse el motor en marcha y conduje lentamente en dirección a la casa de Brewing. Antes de llegar me detuve frente a una cabina telefónica. Marqué el número de Sharper.

Al cabo de un momento oí su propia voz:

—¿Quién es?

—Al Harter.

Se hizo un momento de silencio como si estuviese despidiendo a las personas que estaban con él. Finalmente dijo:

—Esperaba su llamada. ¿Pudo averiguar alguna cosa?

—Sí —respondí—. Creo saber a dónde han ido a parar sus cinco millones de dólares. Se hizo un nuevo silencio.

Esta vez más prolongado.

—¿Habla en serio?

—No suelo andar de bromas cuando trabajo.

—¿Qué es lo que averiguó?

—Brewing asiste a una casa de juegos. Al parecer no sólo le han birlado los cinco millones sino que actualmente no parece estar en buenas relaciones con los propietarios del local. Quizá tenga otra deuda con ellos.

—¿Cómo hizo para averiguarlo?

—Le seguí hasta un club. Luego le vi discutiendo con uno de los encargados y se retiró muy ofuscado.

—¿Usted cree que ha jugado tanto como para perder una cifra tan importante?

—Es posible, aunque de momento no es más que eso: una posibilidad.

—Muy bien, Harter. ¿Alguna otra cosa?

—No. Sólo eso.

—Siga vigilándolo. Y sobre todo, no deje de informarme sobre las personas que le visitan.

—No se preocupe, Sharper, le tendré informado.

—Adiós.

Colgó.

Yo hice lo mismo y regresé al coche.

Cinco minutos después estaba nuevamente apostado frente a la casa de Brewing.

La mañana transcurrió sin grandes novedades. Estaba todo en silencio y no se percibía el menor movimiento. Brewing debía de estar seguramente en la cama. Al mediodía vi moverse la cortina de una de las ventanas, por lo que supuse que se había levantado.

Cerca de las dos de la tarde un coche negro se detuvo frente a la casa. Descendieron tres hombres y atravesaron el jardín en dirección a la puerta principal. A dos de ellos los conocía: el mastodonte que vigilaba la puerta de la sala de juegos y el pequeñín que había discutido con Brewing.

El mastodonte llamó a la puerta y ésta se abrió.

Entraron.

En ese momento consulté mi reloj de pulsera.

Eran las dos menos dos minutos.

A las dos y cinco los tres hombres reaparecieron en la puerta y se encaminaron al coche con paso decidido. El motor se puso en marcha y el vehículo partió velozmente.

Tomé nota de la hora y de la matrícula del coche. Más por hábito que por necesidad.

No había transcurrido ni media hora cuando otro coche —este deportivo—, se detuvo frente a la casa. De él bajó una mujer tan hermosa que casi se me cortó la respiración.

Tendría alrededor de los treinta años.

Su cabello rubio y ondulado caía libremente sobre sus hombros. Su cuerpo era ágil y esbelto. Cadera ancha, cintura estrecha y busto prominente y firme. Llevaba un traje sastre de color negro con una blusa blanca de la que sólo enseñaba el cuello.

Mientras la contemplaba avanzar por el jardín envidié la suerte de Brewing.

La mujer pulsó el timbre de la casa y aguardó un momento.

Volvió a pulsar el timbre y viendo que demoraban en atenderle, comprobó que la puerta no tenía pasada llave y entró.

Apenas habían pasado tres minutos cuando la vi reaparecer. Avanzó hasta la mitad del jardín con paso vacilante y luego echó a correr hasta su coche. No la podía ver con demasiada claridad pero me pareció que su rostro estaba pálido y con una expresión desencajada.

La mujer subió al coche y arrancó raudamente.

Su actitud no era nada normal. O bien había discutido con Brewing o había encontrado algo que la había asustado.

Me decidí a investigar.

Descendí del coche y me dirigí hasta la casa. La puerta principal había quedado abierta de par en par, por lo que no tuve ninguna dificultad para entrar.

Crucé el recibidor y me introduje en el *living sin que nadie saliese a mi encuentro*.

La planta inferior de la casa estaba bien iluminada y no había ninguna cosa que llamase la atención.

Subí las escaleras hasta el segundo piso y abrí la puerta que daba a una de las habitaciones.

La cortina estaba cerrada y la oscuridad era total.

Tanteé en la pared hasta encontrar la llave de la luz y la encendí.

Echado boca arriba sobre la cama, John Brewing parecía mirarme, pero sus ojos vidriosos ya no podían ver. De un agujero negruzco que tenía en medio de la frente salía apenas un hilo de sangre.

Comprobé que estaba muerto y bajé a la planta inferior. Descolgué el teléfono y marqué nuevamente el número de Sharper.

—¿Qué sucede, Harter? —preguntó.

—Brewing está muerto —dije directamente.

Sharper no respondió enseguida.

Luego preguntó:

—¿Cómo ha sucedido?

—Le han asesinado.

—¿Está seguro?

—Sí. Tiene un balazo en medio de la frente.

—¿No pudo haberse suicidado?

—No lo creo. Además no vi ningún arma con la que pudo haberlo hecho.

—Entiendo. ¿Sospecha usted de alguien?

—He visto entrar a la casa a tres matones y luego a una mujer joven y muy hermosa.

Se hizo un nuevo silencio.

Finalmente preguntó:

—¿Cómo era ella?

Se la describí.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó.

—Debo informar a la policía.

—¿De todo?

—Sí. Por supuesto. ¿Por qué?

—No quisiera que mi nombre se viese mezclado en esto.

—Lo siento, Sharper. Pero debo hacerlo.

—¿No hay otra solución?

—No.

—Está bien. Puede decir que yo le contraté. Pero le voy a pedir una cosa, Harter. Algo muy importante para mí.

—¿Qué?

—No diga que ha visto a esa mujer. Ella no pudo haber sido. Sólo mencione a los hombres.

—¿Por qué? —pregunté extrañado.

—Sólo traería complicaciones.

—¿La conoce, Sharper?

Sharper demoró nuevamente en contestar. Carraspeó y con voz trémula dijo:

—Es... es mi esposa.

No supe qué responder. Medité un instante y dije:

—Está bien, Sharper. De momento no diré nada. Pero tengo que hablar con usted. No me lo ha contado todo.

—Está bien —respondió molesto—. Venga esta noche a mi casa.

—Hasta la noche.

Colgué y segundos después pedí comunicación con la policía.

El sargento Dawson de la Sección Homicidios se acarició la barquilla mientras sus ojos pequeños y alargados recorrían inexpresivos el cuerpo sin vida de John Brewing.

Era un hombre de baja estatura pero de complexión fuerte.

Llevaba una gabardina gris manchada de grasa y un sombrero de ala echado hacia atrás. Tenía la costumbre de masticar tabaco y caminaba arrastrando los pies como si los zapatos le pesaran.

Dawson hizo un gesto con una mano y uno de sus hombres cubrió el cadáver con una sábana blanca. Luego se volvió hacia mí y como si recién se hubiese percatado de mi presencia, dijo:

—Hola, Harter.

Le devolví el saludo.

El sargento salió de la habitación y descendió las escaleras cogiéndose del pasamanos. Le seguí hasta la planta inferior y nos instalamos en los sofás del *living*.

—Me ha sorprendido encontrarle aquí, Harter. ¿Qué estaba haciendo?

—Trabajando.

Dawson encendió un cigarrillo.

Lanzó una nubecita de humo y la disipó con la mano.

—¿Brewing era su cliente?

—No. Le estaba investigando.

—¿Por orden de quién?

—De Arnold Sharper. Su socio.

Me contempló un instante en silencio y sus ojos se hicieron más pequeños hasta formar una línea debajo de las cejas. Finalmente preguntó:

—¿Qué querrá saber Sharper?

—Al parecer Brewing le estafaba. Quería comprobarlo y averiguar adónde iba a parar su dinero.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Cómo descubrió el cadáver?

—Estaba vigilando la casa cuando vi entrar a tres hombres. Estuvieron cinco minutos y volvieron a salir. Una hora después y viendo que Brewing no daba señales de vida, resolví entrar. Sólo encontré su cadáver.

—¿Cómo eran esos hombres?

—Le di sus descripciones pero omití la matrícula del coche y tampoco le dije que los había visto la noche anterior en el Bonanza.

—¿Qué había averiguado de Brewing?

—Muy poca cosa. Ayer me hice cargo de la investigación.

Dawson me estudió con sus ojos pequeños y avispados. Luego dijo:

—Si llega a enterarse de alguna cosa, no olvide llamarme.

—Así lo haré, sargento.

Le estreché la mano y me dirigí hacia la puerta. Cuando me disponía a salir, escuché su voz a mis espaldas.

—Espero que no se le ocurra ocultarme información. Me volví y no dije nada. Él agregó:

—Éste es un caso de asesinato, Harter. Corresponde a la policía el investigarlo.

—Lo sé, sargento. Buenas tardes.

Salí de la casa, y situándome al volante de mi Plymouth, me dirigí lentamente hacia la ciudad.

## CAPÍTULO III

Estaba anocheciendo cuando estacioné mi viejo Plymouth frente a la casa de Arnold Sharper.

Pulsé el timbre de la puerta y segundos después un rostro negro y arrugado me miraba inquisitivamente a través de una rendija.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer negra.

—Quisiera ver al señor Sharper.

—¿Tiene cita con él?

—Sí. Me esperaba.

La mujer me miró de arriba abajo con cierta desconfianza y después preguntó:

—¿A quién anuncio?

Extraje una tarjeta de identificación y se la pasé a través de la rendija de la puerta.

—Un momento —dijo la mujer, y la puerta volvió a cerrarse.

Pasaron un par de minutos antes de que reapareciese.

Esta vez la puerta se abrió del todo.

—Puede usted pasar —dijo la criada—. El señor Sharper se está vistiendo. Enseguida bajará.

Me instalé cómodamente en el *living* y lo *inspeccioné con la mirada*.

Todos los muebles eran de estilo y algunos de ellos deberían valer una verdadera fortuna. Las paredes estaban adornadas con cuadros originales de varios maestros de la pintura: dos Modiglianis, un Renoir, un Gauguin, entre otros. Parecía la casa de alguien que podía perder cinco millones de dólares sin que lo notase demasiado.

Ya me estaba cansando de esperar cuando Arnold Sharper apareció en lo alto de la escalera. Llevaba una bata de franela anudada a la cintura y parecía diez años más viejo que el día anterior. Su rostro estaba pálido como un papel y sus ojos

inyectados en sangre.

Bajó la escalera con paso vacilante y me extendió una mano temblorosa.

—Lamento haberle hecho esperar —dijo mientras nos estrechábamos las manos—. Le serviré una copa. ¿Qué quiere tomar?

—Un escocés sin hielo.

Se dirigió a un pequeño bar y sacó una botella de Chivas. Sirvió dos vasos. A uno de ellos le puso hielo y me entregó el otro. Se sentó frente a mí y noté su mirada angustiosa y unas profundas ojeras que le llegaban casi hasta el pómulo.

—La policía vino a verme esta tarde —dijo.

—Me lo suponía. ¿Qué le preguntaron?

—Querían conocer las actividades de Brewing dentro de la empresa y saber por qué no le había denunciado por una supuesta estafa de cinco millones de dólares.

—Me imagino que les habrá dicho la verdad.

—Me negué a declarar. Sólo dije que Brewing era mi socio y que lo de la estafa no era más que una sospecha.

—¿Por qué no les enseñó la carta? —pregunté extrañado.

—Ya le dije que no quiero que la policía se meta en esto. Es un asunto que de momento sólo me concierne a mí.

—Hasta ayer era así. Pero ahora Brewing está muerto y ha sido asesinado. Por cinco millones de dólares mucha gente es capaz de matar.

Sharper levantó la cabeza bruscamente y me miró asombrado.

Luego dijo:

—¿Acaso insinúa que yo le he matado?

—No insinúo nada. Pero para la policía puede ser motivo de sospecha.

—Usted estuvo vigilando la casa y sabe perfectamente que yo no estuve ahí.

—Es verdad. Pero sí estuvo su esposa y usted me pidió que no se lo mencionase a la policía.

Sharper se recostó contra el respaldo del sofá. La simple mención de aquel hecho parecía haberle afectado.

—Le agradezco que no lo haya hecho, Harter. No quisiera que ella se viese envuelta en todo esto.

—Aún no le prometo nada. Todavía estoy a tiempo de contárselo a la policía.

Sharper se sobresaltó.

—¿Es un chantaje, Harter? —preguntó.

—No. Sólo quiero que me cuente toda la verdad. Luego decidiré qué es lo que debo hacer.

Sharper bebió un largo sorbo de *whisky* y encendió un cigarrillo.

Las manos le temblaban considerablemente.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó.

—Todo lo que me dijo cuando contrató mis servicios. Me gusta que los clientes me hablen claro.

El hombre suspiró y acabó el *whisky* de un solo trago.

Luego se sirvió medio vaso más y se dejó caer sobre el sofá.

—Usted gana, Harter. Se lo diré todo. Pero antes de que lo haga tiene que prometerme que no dirá a la policía ni una sola palabra de lo que le diga.

—No puedo prometerle eso. Pero sí le aseguro que no diré nada que pueda perjudicar a un inocente.

—Eso es suficiente.

—Entonces le escucho.

Sharper bebió otro trago de *whisky* y dijo:

—Es falso que John Brewing me haya estafando cinco millones de dólares. Ni los japoneses ni yo somos tan estúpidos como para ser embaucados por un hombre como él.

—¿Entonces la carta era falsa?

—Claro. Fue muy sencillo. Me la envié yo mismo desde Tokio.

—Era fácil de adivinar. Ningún hombre sobre esta tierra se limita a contratar un detective privado cuando le estafan cinco millones. Cuando usted me dijo que no quería recurrir a la policía y cuando me prohibió hablar con Brewing me di cuenta de que en su historia había algo extraño. Pero... ¿por qué demonios quería vigilar a Brewing si él no le había estafado?

El rostro de Sharper se endureció y en sus ojos apareció una fugaz expresión de odio. Bebió otro sorbo de *whisky* antes de responder:

—No era más que un vulgar chantajista... una rata de caño.

La revelación de Sharper no me sorprendió en lo más mínimo.

Encendí un cigarrillo y pregunté:

—¿Le chantajeaba a usted?

—No. A mí no me impresionan los hombres como él.

—¿A quién entonces?

—A Linda, mi mujer.

Aspiré una bocanada de humo y recordé a Linda.

Una mujer enormemente bella pero de aspecto frágil. Seguramente era una buena presa para un tipo como Brewing.

—¿Cómo lo supo usted? ¿Ella se lo dijo?

—No. Yo me di cuenta. Hace más de seis meses Linda comenzó a sacar cada vez más dinero del banco. Sumas verdaderamente importantes y sin ningún motivo. Eso me hizo sospechar e inicié una investigación por mi cuenta. Fue así como sorprendí en el bolso de Linda una carta de Brewing en la que no le decía nada directamente pero que me hizo deducir que era objeto de chantaje.

—¿Conserva la carta?

—No. La quemé.

—Supongo que al menos recordará qué decía.

—Sí. Era muy breve. La citaba para la noche siguiente y le recordaba que debía llevar «aquello». Al otro día sacó Linda diez mil dólares de su libreta.

—¿La siguió esa noche?

—No. Temía que me descubriera. No quería que Linda se enterase de que yo lo sabía. Fue por eso que me decidí a contratarle a usted. Para confirmar mis sospechas de que era objeto de un chantaje.

Bebí otro trago de *whisky* y medité las palabras de Sharper. Su historia resultaba esta vez más verosímil.

—Por lo que usted me dice no cabe duda de que su esposa era chantajeada. ¿Conoce el motivo del chantaje?

Sharper palideció.

Sus ojos me miraron suplicantes.

—¿Es necesario que se lo diga?

—Sí.

Antes de responder, Sharper volvió a vaciar de un trago su vaso de *whisky*. Pensé que si seguía a ese ritmo terminaría totalmente borracho.

—Cuando la conocí, Linda era... era una mujer de la calle. Una ramera. Supongo que Brewing se habrá enterado y por eso la

chantajeaba.

—¿Dónde la conoció?

—En el club Bonanza.

—Es el mismo lugar al que Brewing se dirigió anoche —dije, y luego agregué—: Quisiera hablar con Linda.

El rostro de Sharper se ensombreció y dijo:

—Eso es imposible. Ella no está aquí.

—¿Dónde la puedo encontrar?

—No lo sé. Ojalá pudiera decírselo. Esta tarde no ha regresado a casa.

—Debe saber que ella está en un apuro, Sharper. Si la policía se entera de que era objeto de chantaje y de que esta tarde estuvo en casa de Brewing, no dudarán en arrestarla por el asesinato.

—Lo sé —balbuceó Sharper—. Y por eso estoy en este estado. Necesito verla, hablar con ella antes de que la policía se entere de todo. Quisiera que usted me ayudara. Harter.

—Intentaré encontrarla. ¿Tiene alguna idea de dónde pueda estar?

Sharper meneó la cabeza.

—No. Ninguna. Si usted la encuentra le pagaré lo que me pida.

—Haré lo que pueda.

Me puse en pie y le saludé con un gesto. Sharper ni se movió. Se quedó hundido en el asiento y con la mirada perdida en el vacío.

Salí a la calle. Respiré el aire puro y fresco de la noche y dirigí el coche hacia el centro de la ciudad. Quería hacer una nueva visita al Bonanza.

Llegué cerca de la medianoche y el Bonanza estaba en plena animación.

Al igual que la noche anterior, me situé en uno de los taburetes de la barra y pedí un escocés seco.

Una de las chicas de alterne, la misma que me había sonreído la noche pasada, se sentó a mi lado.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—Te esperaba a ti —respondí más por cumplimiento que por otra cosa—. ¿Quieres beber algo?

—Sí, gracias.

La mujer llamó al *barman* y le pidió un *gin-tonic*. El *barman* le llenó el vaso y ella se lo agradeció con una sonrisa.

Mirándola de cerca se la veía una mujer madura.

Debería de tener cerca de cuarenta años.

Sin embargo, su cuerpo era ágil y esbelto como el de una muchacha.

Sus ojos grandes y azules y sus labios carnosos le daban al rostro una gran sensualidad.

—Me llamo Glenda —dijo la mujer después de beber un sorbo.

—Y yo Al —respondí, al tiempo que hacía sonar mi vaso contra el de ella.

Liquidé el *whisky* de un trago y pagué con un billete de diez.

—Sírvele otra copa a Glenda —dije, poniéndome en pie.

La mujer me miró extrañada y sorprendida.

—¿Ya te vas?

—Tengo que ver a un amigo —mentí—. Enseguida vuelvo.

Glenda se encogió de hombros y, con el vaso en la mano, se encaminó a una de las mesas.

Fui directamente hasta la puerta que daba a la sala de juego.

Al igual que la noche anterior, el mastodonte se interpuso en mi camino.

—¿De nuevo aquí? —preguntó con tono amenazante.

—Vengo a recuperar lo perdido.

El mastodonte me miró con desconfianza.

—Será mejor que salga por dónde ha entrado, amigo. No nos gustan los entrometidos.

—¿Quién le ha dicho que soy un entrometido? Sólo vengo a jugar.

—Tampoco me gustan los mentirosos.

—Soy amigo de Brewing. ¿No lo recuerda?

—Eso mismo dijo ayer.

El hombre cubría la puerta con su cuerpo y no parecía tener la menor intención de dejarme pasar. Decidí dejar de hacerme el tonto y poner las cartas sobre la mesa.

—Quiero hablar con tu jefe. Será mejor que me dejes pasar.

El mastodonte sonrió y no se movió del lugar.

—¿Así que eres un sucio polizone?

Saqué mi carnet de detective privado y se lo refregué por las narices.

—Con eso no vas a asustar a nadie —dijo—. Ya te dije que será

mejor que salgas por dónde has entrado antes de que empiece a cansarme.

Me encogí de hombros e hice un ademán como si fuera a retirarme. Volviéndome bruscamente le golpeé con el canto de la mano en el cuello.

El mastodonte lanzó un sordo gemido y enceguecido de furia arremetió contra mí.

Sólo tuve que dar un paso hacia la izquierda para esquivarle y luego le golpeé con la punta de mi zapato en las posaderas.

Escuché el ruido seco de su cabeza al chocar contra la pared que estaba detrás de mí. Me volví y le asesté un nuevo puntapié, esta vez en los testículos.

Mientras el mastodonte se retorció en el suelo lanzando insultos y juramentos, abrí la puerta tranquilamente y bajé las escalerillas que daban a la sala de juegos.

Atravesé la sala y me dirigí directamente a la puerta por dónde la noche anterior había visto salir a Brewing.

Entré sin llamar.

Una muchacha, sentada detrás de un escritorio, levantó la vista hacia mí.

—¿Tiene cita con el señor Chase? —preguntó.

—No. Dígale que vengo de parte de Brewing.

—Si no tiene cita no creo que le reciba.

—Esperaré aquí. Hágame el favor de anunciarme.

La muchacha se encogió de hombros y se dirigió al despacho de su jefe situado al otro lado de un tabique.

Un minuto después reapareció acompañado por el hombrecillo que había visto el día anterior.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombrecillo.

—Al Harter —respondí.

—¿En qué puedo servirle, señor Harter?

—Quiero hablar con Chase.

—¿Para qué?

Ya me estaba cansando de aquella historia. Parecía como si se hubiese tendido una gran red alrededor del jefe para que nadie pudiese verle.

—A usted no debe importarle. Es un asunto personal.

En ese momento la puerta que daba a la sala se abrió

bruscamente y el mastodonte entró hecho una furia.

—¿Qué sucede, Frank? —preguntó el hombrecillo.

El mastodonte me señaló con el índice.

—Este hijo de perra me ha pillado por sorpresa —rugió, cogiéndose los testículos.

Le miré sonriente desde un ángulo de la habitación.

—Es un cochino detective privado —agregó el mastodonte.

El hombrecillo me miró con desconfianza.

—Así que eres uno de esos buscalíos.

—Llámale como quieras, pequeñín —respondí sin dejar de sonreír.

Al hombrecillo no pareció gustarle la broma.

Me miró con odio y luego dijo, conteniendo la furia:

—¿Puedo saber qué se te ha perdido por aquí?

—Estoy buscando al asesino de Brewing —dije a bocajarro esperando ver sus reacciones.

Los dos hombres se miraron entre sí.

—¿Quieres decir que Brewing está muerto? —preguntó el hombrecillo.

—Eso dije. Y vosotros lo sabéis tan bien como yo.

—Acabo de enterarme —dijo el hombrecillo y miró al mastodonte—. ¿Verdad, Frank?

El mastodonte asintió.

—Lamento creeros, muchachos —dije sin perder la sonrisa—. Os he visto cuando entrabais en casa de Brewing. Cinco minutos después Brewing estaba muerto.

El hombrecillo palideció.

—¿Habla usted en serio?

—Y muy en serio. Será mejor que me deje hablar ahora con Chase. A él no le gustaría que le contase esto a la policía.

El hombrecillo se dirigió al despacho de al lado y cinco minutos después regresó para invitarme a pasar.

Tal como me lo imaginaba, Chase era el tercer individuo que había entrado en la casa de Brewing aquella tarde.

Era un hombre grueso, de estatura mediana y casi calvo. Llevaba unos gruesos anteojos de un tinte verdoso. Lucía un rostro serio, preocupado.

—Tome asiento, señor Harter —dijo, señalando una silla que

estaba frente a su escritorio.

Chase abrió una caja de habanos y me ofreció uno. Lo rechacé con un gesto. Él cogió un grueso habano y lo encendió. Aspiró una profunda bocanada de humo y luego preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Estoy investigando ciertas cosas sobre Brewing. Quizá usted pueda ayudarme en algo.

—Lamento no poder hacerlo, señor Harter. Apenas le conocía.

—Sin embargo tengo entendido que Brewing era un asiduo a esta casa.

—Solía perder mucho dinero. Es lo único que puedo decirle.

—¿Cómo cuánto?

—No lo sé. Más del que podía pagar.

—Tengo entendido que le debía mucho dinero —arriesgué.

—Bastante. ¿Por qué?

Le miré directamente a los ojos y pregunté:

—¿Lo suficiente para matarle?

El rostro de Chase enrojeció y dijo:

—¿Insinúa que yo le he matado?

—Alguien lo ha hecho.

—Será mejor que busque por otro lado, señor Harter.

—Ya le habrá dicho el alfeñique —señalé al hombrecillo que estaba junto a él—, que les vi entrar esta tarde en casa de Brewing. Poco después él estaba muerto.

—Nosotros le dejamos vivo —afirmó Chase—. Sería estúpido liquidar a un hombre que me debe cincuenta mil dólares. Los muertos no suelen pagar sus deudas, señor Harter.

—A veces los vivos tampoco —dije—. Y en ese caso se les suele quitar de en medio. Chase se recostó contra el respaldo de la silla y miró su reloj de pulsera.

—Se me está haciendo tarde, señor Harter, Lamento no poder dedicarle más tiempo.

—Sólo una pregunta más.

—Diga.

—Estoy buscando a una chica que ha trabajado aquí hace algunos años. Se llamaba Linda y era especialmente hermosa.

El hombre sacudió la cabeza en gesto negativo.

—No la recuerdo —dijo—. Pasan tantas chicas por aquí que es

imposible recordarlas a todas.

—De ésta no puede olvidarse uno fácilmente. Haga memoria, señor Chase. Quizá si consigue hacerlo yo pueda perder un poco de la mía.

—¿Es una amenaza?

—Tómelo como quiera.

Chase meditó un instante. Luego preguntó:

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Linda. Es rubia y de un tipo estupendo.

—Sí —dijo Chase al cabo de un momento—. Creo recordarla. Hace cuatro o cinco años que nos dejó. Creo que algún cliente se enamoró de ella. Un tío de pasta.

—¿Es todo lo que puede decirme de ella?

—Sí. Lo siento mucho. No acostumbro a husmear la vida privada de mis chicas.

Me incorporé lentamente y me dirigí hasta la puerta. Antes de salir escuché la voz de Chase a mis espaldas.

—Yo de usted andaría con cuidado, Harter.

—Gracias —respondí, volviéndome—. Es un buen consejo. Pero no se preocupe. Sé muy bien cuidarme solo.

Salí del despacho y subí las escaleras que daban al bar.

Glenda continuaba sola en una mesa.

Me acerqué a ella.

—¿Qué tal se te ha dado la suerte? —preguntó.

—Bastante bien. ¿Vienes a festejarlo?

Ella consultó el reloj.

—Sí —dijo sonriente—. Ya terminé mi jornada.

Le ayudé a ponerse el abrigo y, cogiéndola del brazo, salí a la calle.

## CAPÍTULO IV

Cuando llegamos al piso de Glenda eran las cuatro de la mañana y me sentía como si me hubiesen dado una paliza. Me dolían los músculos y tenía enormes deseos de dormir.

Glenda, sin embargo, no pensaba precisamente en eso.

Se desvistió con la rapidez y naturalidad de una profesional y me echó los brazos al cuello.

—¿Sabes, Al? Eres uno de los pocos tíos que me gustan de verdad.

Pensé que lo decía con sinceridad y me sentí halagado por ello.

La besé suavemente en los labios y me desvestí yo también.

Casi sin darnos cuenta estábamos los dos tumbados sobre la tupida alfombra besándonos y acariciándonos apasionadamente. Glenda lo hacía con un ardor que no había visto antes en otra profesional.

Cuando nuestros sexos se unieron, dejó escapar un gemido y comenzó a moverse acompasadamente, acompañando cada una de mis embestidas.

Sentí sus dedos cerrarse sobre mi piel y ahogó un grito en su garganta. Casi al mismo tiempo me dejé caer hacia un costado, exhausto y satisfecho.

Aún jadeante por el esfuerzo, encendí un cigarrillo y recosté su cabeza contra mi pecho.

—¿Hace muchos años que estás en el Bonanza? —pregunté.

—Unos cuantos. ¿Por qué?

—Conocía a una chica que trabajó allí —mentí—. Una tal Linda. ¿La recuerdas?

—¿Linda Brown?

—Supongo que sí. Era rubia y muy hermosa. Tanto como tú.

—Gracias —dijo ella sonriente, y luego agregó—: Sí, la conocí. Era una chica estupenda... y con mucha suerte.

—¿Por qué?

—Un millonario se enamoró de ella y se la llevó. Creo que hasta se llegaron a casar y todo.

—Sí, se casaron. Ahora es la mujer de Arnold Sharper.

Glenda se separó de mí y me miró asombrada.

—¿Cómo sabes tantas cosas? ¿No serás policía, verdad?

—No, preciosa. No temas. Sólo soy detective privado. Trabajo para Sharper. El asunto es que Linda ha desaparecido y tengo que encontrarla, Pensé que tú podrías ayudarme a ello.

Glenda se incorporó y me miró ofendida.

—Pensé que venías aquí por mí, porque te gustaba...

—Y me gustas. Eso no quita que, además, puedas facilitarme una información.

—No sé nada de ella —respondió de mal humor—. No la he vuelto a ver desde entonces.

—¿Fuisteis amigas?

—Sí, mucho. Pero cuando se casó no volvió a ver a sus antiguas amigas. Cambió de *status*. No se lo reprocho. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo.

—Si se encontrase en un aprieto, ¿adónde podría dirigirse? Si erais tan amigas, debes saberlo.

Glenda se mordió el labio inferior.

Meditó un instante y luego dijo:

—Supongo que a Jack, al menos en aquella época siempre que estaba en un aprieto recurría a él.

—¿Quién es Jack?

—Nunca le conocí, aunque creo tener su dirección. Era un viejo amigo de su infancia. Algo así como su primer noviecito.

—Iré a ver a ese Jack.

Linda se cubrió con una bata y cogió una vieja agenda de uno de los cajones de su mesita de noche.

—Aquí la tengo.

Cogió un papel y un bolígrafo y anotó la dirección.

Luego me entregó el papel.

—Espero que la encuentres —dijo con cierta tristeza.

—Gracias, Glenda. Aunque no hubieses conocido a Linda igual habría venido.

—Lamento no poder creerte, Al.

—¿Por qué? ¿Acaso lo hice tan mal?

—Debo admitir que no —rió ella—. Aunque... los hombres sois todos iguales.

La cogí por uno de los tobillos y la hice caer a mi lado.

Luego la besé apasionadamente en la boca mientras mis manos hurgaban debajo de la bata.

Jack Forstey vivía en uno de los tantos barrios marginales de Nueva York.

Antes de llegar al número quince de Hamston Street recorrí a pie numerosas calles oscuras y sucias.

Era un barrio habitado mayoritariamente por portorriqueños y sudamericanos.

Un grupo de niños se cruzó en mi camino y me pidieron dinero. Les di algunas monedas y cuando me alejé aún se estaban peleando por ellas.

Me detuve frente a un viejo portal de madera y tras comprobar el número con la dirección que tenía anotada en el papel, pulsé el timbre.

Un hombre joven, de unos treinta y cinco años, pero semi calvo, me abrió la puerta.

—¿El señor Jack Forstey? —pregunté.

—Soy yo —dijo el hombre—. Si es por alguna cuenta ya puede regresar otro día.

—No —respondí—. Sólo quiero hacerle unas preguntas.

El hombre frunció el ceño e inmediatamente se puso a la defensiva.

—¿Unas preguntas? ¿Con respecto a qué?

—Busco a Linda Brown. Me dijeron que usted es un buen amigo de ella. Quizá sepa dónde encontrarla.

—Lo siento, amigo. Hace muchos años que no veo a Linda. No tengo ni idea de dónde debe estar.

Antes de que pudiera hacerle una nueva pregunta, Jack Forstey cerró la puerta en mis narices.

Volví a pulsar el timbre con insistencia.

Cuando Jack abrió la puerta tenía cara de pocos amigos.

—Ya le dije que no sé nada. Haga el favor de no seguir molestándome. Tengo muchas cosas que hacer.

—Respeto su tiempo, señor Forstey. Pero aún no he terminado.

—Por lo que a mí respecta no hay nada más que hablar —dijo Jack con cierto nerviosismo—. No sé nada de Linda, ni me importa.

—Déjeme pasar y hablaremos dentro con más calma.

Jack se sobresaltó y puso una mano contra el marco de la puerta impidiéndome el paso. Parecía cada vez más nervioso y molesto por mi presencia.

—En mi casa sólo entran mis amigos —dijo—. Y usted no lo es. Haga el favor de largarse. Intentó cerrar la puerta pero se lo impedí, aguantándola con el pie.

—¿No estará escondiendo algo, Jack?

—¡Lárguese de aquí antes de que le pegue!

—Está bien, Jack. Ya volveremos a vernos. —Saqué una tarjeta de la cartera y se la puse en el bolsillo de la chaqueta—. Si llega a cambiar de opinión haga el favor de llamarme. ¡Ah...! Si Linda está con usted dígame que será mejor que se ponga en contacto conmigo si no quiere verse acusada de asesinato.

Retiré el pie de la puerta y ésta se cerró violentamente.

Con la plena seguridad de que Jack sabía mucho más de lo que decía, regresé andando hasta donde estaba mi coche.

Cuando entré en el despacho, el teléfono sonaba insistentemente.

Levanté el auricular y escuché la voz del sargento Dawson:

—¿Harter?

—Sí. ¿Qué sucede?

—Tengo que hablar con usted inmediatamente. Venga enseguida por el departamento.

—¿Alguna novedad en el caso Brewing?

—Ya se enterará a su debido tiempo. Le espero.

Colgué el auricular y me dirigí a la cocina. Preparé un café y me lo bebí rápidamente mientras repasaba la correspondencia. Luego salí del despacho y me encaminé hacia la jefatura de policía.

El sargento Dawson me esperaba impaciente.

—Tome asiento, Harter.

Me senté.

—¿A qué viene tanta urgencia, sargento?

—Las preguntas las hago yo —dijo Dawson secamente.

El rostro de Dawson, con las facciones tensas y la mirada dura y fría, no me gustaba nada. Menos aún el tono amenazador y seco de

sus palabras. Intenté disimular.

—Cuando me llamó pensé que había descubierto alguna pista importante en el caso Brewing...

—No se equivoca, Harter. Hemos descubierto algo importante. Precisamente por eso está usted aquí.

Levanté la vista y me encontré con los ojos pequeños y astutos del sargento que me miraban directamente a la cara.

Sostuve la mirada y aguardé impacientemente.

Sabía que se traía algo entre manos.

—Usted no nos ha dicho toda la verdad, Harter —dijo finalmente—. Nos ha ocultado algunas cosas que pueden ser fundamentales para resolver este caso.

Simulé cierta indignación.

—Le dije todo lo que sabía.

—No, no nos lo dijo todo. Olvidó hablarnos de la chica.

—¿Qué chica?

—No se haga el tonto, Harter. Sabemos que una mujer estuvo en casa de Brewing poco antes de que usted descubriese su cadáver.

—¿Quién les ha dicho eso?

—Una vecina. Una de esas señoras que no tienen otra cosa que hacer que mirar por la ventana de su casa. Al parecer esta mujer hacía asiduas visitas al señor Brewing. La vecina la vio más de una vez. La última coincide con la hora en que Brewing recibió el disparo.

—¿Tiene la identidad de la chica?

—No. Pero tenemos su descripción. Nuestros agentes están tratando de identificarla y no dudo de que tarde o temprano lo conseguiremos. Sin embargo usted podría hacernos ganar mucho tiempo.

—¿Yo?

—Sí, Harter, usted. Dígame quién es la chica y me olvidaré de que nos ha ocultado ciertas cosas.

—¿Por qué cree que yo conozco su identidad?

—Porque la vio entrar en casa de Brewing. Si usted no la hubiese reconocido no veo por qué habría de ocultarnos el hecho. Nadie encubre a una desconocida.

Me recosté contra el respaldo de la silla y encendí un cigarrillo mientras mi cabeza trabajaba aceleradamente.

No ganaría nada diciéndole una nueva mentira.

En muy pocas horas la descubrirían y me vería en un aprieto.

—Está bien, Dawson. Sé quién es la chica, pero estoy seguro de que nada tiene que ver con el asesinato.

—No le pedí su opinión. Sólo quiero su nombre.

—Linda Sharper, la esposa de Arnold Sharper, mi cliente.

—¿Qué estaba haciendo ella en casa de Brewing?

—Eso es lo que yo quiero averiguar.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Tampoco lo sé. Desde el día del asesinato no ha regresado a su casa.

—Ése es otro indicio en su contra.

—La mujer está asustada, Dawson. Compréndalo. Ella fue la primera en encontrarse con el cadáver.

—... O la que apretó el gatillo.

—No lo creo. La he visto entrar y salir inmediatamente de la casa. Estaba palidísima y asustada.

—Los asesinos también se asustan, Harter. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Es verdad. Pero ella no lo ha hecho. Estoy seguro de ello e intentaré demostrarlo.

—Haga lo que quiera, Harter. Pero le advierto una cosa: no se cruce en mi camino ni entorpezca la acción de la policía. No quiero tener que meterle entre rejas.

Le hice un signo vago de asentimiento y me puse de pie.

—¿Ya puedo marcharme?

—Sí... y espero no tener que volver a llamarle.

Me despedí con un gesto y dándome media vuelta salí rápidamente del despacho.

## CAPÍTULO V

Cuando salí de la jefatura de policía ya estaba anocheciendo.

Había pasado el día prácticamente en blanco, moviéndome de un lado para otro pero sin conseguir nada positivo.

Anduve un par de calles en dirección al coche y al pasar frente a un restaurante, el estómago me recordó que no había probado bocado en todo el día. Entré y me senté a una mesa apartada.

Necesitaba pensar detenidamente en todos los detalles del caso para trazarme un plan de acción. De lo contrario no haría más que seguir gastando energías sin aclarar absolutamente nada.

Mientras comía empecé a reflexionar sobre todo el asunto. Tenía que admitir que desde mi entrevista con Sharper poco era lo que había avanzado. Ni siquiera había podido comprobar la veracidad de sus palabras.

Lo primero que tenía que hacer, por lo tanto, era comprobar si realmente Linda había sido objeto de chantaje y por qué motivos.

En cuanto al asesinato de Brewing comenzaba a dudar de la culpabilidad de Chase. Sabía que éste era un *gangster* de primera línea, pero eso no quería decir nada. Si Brewing le debía dinero sólo le hubiese matado de estar seguro que no se lo iba a pagar.

Pero si Chase no le había asesinado, ¿quién lo había hecho? A parte de éste y sus secuaces, sólo Linda había entrado en la casa. Al menos era la única que había entrado por la puerta principal. Sin embargo, no debía descartar la posibilidad de que el asesino hubiese entrado por la parte posterior de la casa.

De todas formas, mi trabajo consistía en localizar a Linda y si era posible, demostrar su inocencia. Las pistas que tenía para ello eran también muy pocas, aunque no cabía duda de que Jack Forstey sabía mucho más de lo que me había dicho.

Mientras bebía el café, pensé la posibilidad de repetir una visita a Jack Forstey en un tono persuasivo. Estaba seguro que si lo hacía

podría obtener resultados mucho más positivos.

Consulté mi reloj pulsera.

Eran las once de la noche. Quizá demasiado tarde para dejarme caer por casa de Jack. Sin embargo, no quería terminar el día en blanco por lo que pensé en una segunda alternativa: husmear en el interior de la casa de Brewing y buscar algún indicio del supuesto chantaje. La policía debía de haber revisado toda la casa, pero siempre quedaba la posibilidad de que se les hubiese pasado alguna cosa por alto.

Me decidí por esta segunda alternativa.

Pagué la cuenta y me encaminé al garaje donde había dejado el coche. Las calles estaban bastante poco congestionadas, por lo que no perdí demasiado tiempo en alejarme del centro y coger la carretera que me llevaba directamente a la casa de Brewing.

Detuve el coche a unos quinientos metros. Apagué el motor y caminé lentamente hasta que la oscura silueta de la casa apareció súbitamente ante mis ojos.

No había ninguna luz encendida y el silencio era absoluto.

Miré hacia los edificios vecinos. También aquí la oscuridad y el silencio eran totales.

Tras comprobar que nadie me veía, avancé sigilosamente y salté la verja que daba al jardín exterior. Me deslicé sobre la hierba hasta alcanzar la fachada anterior.

Escuché junto a una ventana durante unos segundos, pero no pude oír ningún ruido.

Probé a abrir la puerta pero, como era lógico suponer, estaba cerrada con llave. Me dirigí hacia uno de los laterales y comencé a probar las ventanas, pero también éstas estaban cerradas.

Al llegar a la parte posterior de la casa encontré un pequeño ventanuco que daba a la cocina y a cuya parte superior le faltaba un cristal. Pasé un brazo por el agujero y recorrí la tranca. Empujé el ventanuco y cogiéndome del marco superior, introduje las piernas hasta apoyar los pies sobre la mesa. Luego pasé el resto del cuerpo y la cabeza.

En la cocina la oscuridad era total.

Saqué una pequeña linterna del bolsillo interior de mi americana y me dirigí hacia el salón.

No tardé más de diez minutos en registrar todos los cajones. No

había más que juegos de manteles y vajilla de muy buena calidad.

Subí las escaleras y entré en el dormitorio principal. Estaba amueblado con una cama de dos plazas, un armario grande y una mesita de noche. En la mesita no había más que un par de libros, algunos frascos con medicamentos y una agenda. Me guardé la agenda en un bolsillo y me encaminé hacia el armario. En el compartimiento central había cinco cajones. Los revisé uno a uno y descubrí una caja llena de fotografías.

Encendí la veladora que estaba sobre la mesita de noche y extendí las fotografías sobre la cama. Eran más de doscientas. Había algunas muy antiguas en las que se veía a un niño que yo supuse sería el propio Brewing. Otras, más modernas, mostraban a Brewing a bordo de un yate, en una fiesta, bailando con una mujer, etc.

De pronto, una fotografía me llamó la atención. En ella se veía a Brewing besando a una mujer. Ella era rubia y hermosa y bien podría tratarse de Linda Sharper. Sin embargo su rostro estaba semi cubierto por la cabeza de él, lo que no me permitía distinguirlo con exactitud.

Seguí buscando entre aquella montaña de fotos hasta que encontré otra en la que Brewing estaba acompañado de la misma mujer. Ahora no me cabía la menor duda. Se trataba de Linda Sharper. Estaban sentados en el jardín posterior de la casa e iban cogidos de la mano. En el reverso estaba escrito el siguiente texto:

«Linda y yo. Julio de 1978»

O sea que estaba tomada seis meses atrás.

Guardé las dos fotografías en uno de mis bolsillos y apagué la luz.

Abrí la puerta del dormitorio y atravesé el pasillo.

Cuando me disponía a descender las escaleras, escuché un ruido a mis espaldas.

Intenté volverme, pero ya era demasiado tarde.

Una figura apareció súbitamente a mi izquierda, algo detrás y fuera del alcance de mi visión. No alcancé a ver más que una sombra y me pareció que llevaba algo en la mano. No estaba seguro de ello ni tuve tiempo para cerciorarme.

Eso fue todo lo que alcancé a ver.

De pronto, toda la escena estalló en fuego y oscuridad.

La cabeza me dio vueltas y me sumergí en un mundo lleno de tinieblas.

La cabeza me dolía horriblemente y sentí la boca reseca.

Abrí los párpados con dificultad y, sin moverme de donde estaba, intenté mirar a mi alrededor.

Pese a la oscuridad que reinaba en el lugar me di cuenta de que estaba tendido en el suelo del *living de la casa de Brewing, justo debajo de la escalera*.

Recordaba que alguien me había golpeado y me llevé las manos a la parte posterior de la cabeza. Tenía los cabellos pegajosos por la sangre reseca y había una gran hinchazón. Un dolor terrible me recorrió hasta los pies y contuve un gemido en la garganta.

Avancé a tientas hasta una de las paredes y encendí la luz.

La estancia estaba vacía y no había la menor señal de violencia. Tampoco parecía que la casa hubiese sido registrada.

Recordé mis anteriores descubrimientos y me llevé una mano al bolsillo de la americana. La agenda y las dos fotografías habían desaparecido. Todo el resto de mis cosas estaban en orden. Incluso mi cartera y los trescientos dólares que llevaba encima.

Apagué nuevamente la luz y me deslicé hacia el exterior de la casa.

Todo el vecindario seguía oscuro y silencioso.

Atravesé el jardín con toda precaución y regresé caminando hasta mi coche. Subí en él y partí rumbo a la ciudad.

Mientras conducía, intenté sobreponerme al dolor de cabeza y aclarar mis ideas tras los últimos descubrimientos.

En primer lugar, y lo que era muy importante, Linda y Brewing eran o habían sido amantes hasta hace muy poco. Las fotografías habían sido lo suficientemente elocuentes como para suponerlo.

También era fácil deducir que alguien me había seguido hasta casa de Brewing. Alguien que estaba interesado en hacer desaparecer esas fotografías. Esa persona bien podría ser la propia Linda Sharper u otra persona interesada en protegerla.

Eran más de las cuatro de la madrugada cuando llegué a mi casa. Guardé el coche en el garaje y tomé directamente el ascensor hasta el quinto piso. Abrí la puerta de casa y prendí las luces. El ambiente era sofocante y había olor a encerrado, por lo que también abrí todas las ventanas.

Me preparé una taza de café y lo bebí sentado en el *living* mientras fumaba un cigarrillo. Sentía que la cabeza me latía, aunque el dolor era ahora menos intenso.

Mientras fumaba el cigarrillo pensé que debía localizar a Linda Sharper cuanto antes. Tendría que volver a visitar a Jack y tratar de sacarle alguna pista. También era necesario que hablase con Arnold Sharper. Si éste sabía lo de Linda y Brewing había hecho muy mal en no decírmelo.

Me afeité, tomé una ducha y me fui a la cama. Cerré los ojos e intenté dormirme. La imagen de Linda Sharper, sonriente y cogida de la mano de John Brewing, pareció cobrar vida en mi mente.

Me despertó el zumbido del teléfono.

Abrí los ojos y consulté el reloj que estaba sobre la mesita de noche.

Eran las diez de la mañana.

Salté de la cama y descolgué el auricular.

Era Arnold Sharper.

—Buenos días, Harter —dijo—. Ayer estuve intentando localizarle. ¿Dónde diablos se había metido?

—Será largo de contar. ¿Por qué me buscaba?

—Le pago por su trabajo, Harter, y quería saber si no estaba malgastando mi dinero.

—Acabo de despertarme, señor Sharper, y no estoy de humor para escuchar esa clase de tonterías.

—Está bien. Disculpe si le he ofendido. Simplemente estaba molesto por no tener noticias tuyas. Quedó en informarme cada día del resultado de sus investigaciones.

—Es verdad. Pero ayer estuve muy ocupado como para perder tiempo en eso.

—¿Averiguó algo?

—Sí, algunas cosas. Y hay algo que quiero comentar con usted. ¿Cuándo podemos vernos?

—Ahora mismo, si usted quiere.

Medité un momento y luego dije:

—Antes tengo que hacer una visita, Sharper. ¿Conoce a un tal Jack Forstey?

Se hizo un momento de silencio en el que pude escuchar su respiración al otro lado de la línea. Después de un momento,

respondió:

—El nombre me suena pero en este momento no lo recuerdo. ¿Quién es y para qué quiere verle?

—Un íntimo amigo de su mujer, según me dijeron. Creo que sabe algo pero se niega a hablar.

—¿Cree que Linda se esconde en su casa?

—Es probable. Cuando le visité Forstey se mostró muy nervioso y se negó a abrirme la puerta. Yo diría que ocultaba alguna cosa. Y esa cosa bien puede ser su mujer.

—Linda no haría una cosa así.

—En algún lugar tiene que estar.

—Muy bien, Harter. Investíguelo. Luego venga a verme.

—Iré esta tarde por su despacho.

—Le espero. Adiós, Harter.

Sharper cortó la comunicación y yo hice lo mismo. Permanecí sentado en la cama durante unos segundos, reflexionando sobre las palabras de Sharper.

Tenía el presentimiento de que tampoco esta vez me había dicho toda la verdad. Pese a que no había visto su cara, sabía que el nombre de Forstey le había impresionado. Seguramente le conocía pero no había querido admitirlo.

¿Por qué?

Me encogí de hombros y sin darle más vueltas al asunto, salté de la cama y entré en el baño. Me detuve frente al espejo y examiné el chichón que me habían hecho en la cabeza. La herida había cicatrizado pero el bulto seguía siendo grande. El dolor había disminuido mucho y sólo me quedaba una molestia.

Abrí los grifos y me metí debajo de la ducha. Después me afeité y me dirigí a la cocina. Me preparé una taza de café y comí un par de tostadas con mantequilla. Comencé a sentirme mejor.

Cuando salí de la casa ya eran más de las doce del mediodía.

Era una mañana primaveral y el cielo estaba completamente despejado de nubes.

Entré en el garaje y saqué el coche y me dirigí hacia Hampton Street.

A aquella hora de la mañana el barrio parecía menos tenebroso. Estaban, eso sí, los niños portorriqueños que no dejaban de pedir dinero a los escasos transeúntes. Me desprendí de ellos dejándoles

algunas monedas y cerré con llave la puerta del coche.

Me disponía a cruzar la calle cuando vi que la puerta de la casa se abría y Jack Forstey salía al exterior. Llevaba una bolsa en la mano y tenía el ceño fruncido. Parecía preocupado.

Le di la espalda, volviéndome hacia el coche, con la esperanza de que no me hubiese visto.

Escuché el ruido de la puerta al cerrarse y el taconear de los zapatos que se alejaban. Me introduje dentro del coche y le seguí con la mirada.

Jack Forstey avanzó hasta la esquina más próxima y subió a una moto. Encendió el motor y se alejó rápidamente.

Seguir a una moto en medio del tránsito de la ciudad es una tarea realmente ingrata. Adelantan con facilidad y suelen meterse entre las filas de coches detenidos en los semáforos. Sin embargo, tuve bastante suerte y logré mantenerlo siempre a tiro.

Forstey se detuvo en una cabina telefónica e hizo una llamada. Luego volvió a montarse en la moto y salió de la ciudad.

Cuando tomó la carretera nacional, suspiró aliviado. Ya no había posibilidad de que se me escapara. La moto no corría demasiado, por lo que me limité a seguirle unos trescientos metros detrás.

Jack tomó un desvío y se metió por un camino de tierra. Un cartel indicador anunciaba el «Lago Acton» a tres kilómetros y medio.

Me metí por el camino y reduje la velocidad para evitar que Jack pudiera verme. Una columna de tierra rojiza me indicaba su posición.

La moto se detuvo frente a una cabaña de madera rústica construida a la orilla del lago. Apagué el motor del coche y lo contemplé a la distancia.

Jack bajó de la moto y entró en la casa sin llamar.

Esperé unos minutos y bajé del coche. Era un paraje solitario y sólo habían algunas casas de material al otro lado del lago.

Me acerqué sigilosamente hasta detenerme junto a una de las ventanas de la cabaña. La potente voz de Jack llegó claramente a mis oídos:

—... No tuve más remedio que hacerlo.

—No debiste arriesgarte, Jack —dijo la voz de una mujer—. Ya hiciste demasiado por mí.

—Supuse que querrías tener esas malditas fotografías.

—Es igual. Tarde o temprano la policía dará conmigo.

—No permitiré que te hagan daño, Linda.

Ya había escuchado lo suficiente. O sea que había sido Jack el que me había golpeado la noche pasada. Tenía escondida a Linda y se había convertido en su protector.

Pasé por debajo de la ventana y me deslicé hasta la puerta. Abrí lentamente, procurando no hacer ruido, y entré en el salón.

El murmullo de las voces llegaba desde una habitación contigua.

—Será mejor que me entregue, Jack —decía ella—, intentaré demostrar que yo no fui quien le mató.

—¡Eso nunca! —exclamó él.

Me acerqué hasta la puerta y la abrí bruscamente.

Ambos se miraron sorprendidos.

Jack se incorporó e intentó abalanzarse sobre mí.

Me eché hacia un costado y le golpeé violentamente en la cara con el puño cerrado.

Jack cayó hacia atrás y un hilo de sangre comenzó a salir de sus labios partidos.

—Es mejor que te quedes dónde estás, Jack. Bastante fuerte me has golpeado anoche.

—¡Debí matarte! —masculló entre dientes.

—¿Qué ganarías con ello? ¿Acaso otro asesinato?

—¿Otro? Yo no maté a nadie.

—Pudiste matar a Brewing, Jack. Ya sea por celos o por querer proteger a tu protegida.

—¡Basta! —exclamó Linda—. Jack no lo ha hecho. Es incapaz de matar a una mosca. Me volví hacia ella.

Vista de cerca, Linda Sharper era mucho más hermosa. Un verdadero sueño con el que ningún ser humano podría jamás soñar. Sus ojos grandes y azules me miraban directamente a la cara.

—Alguien le mató, Linda —dije—. ¿Si no fue usted, quién lo ha hecho?

—Cuando llegué ya estaba muerto —respondió Linda—. Tenía un balazo en medio de la frente. No sé quién pudo ser, pero estoy seguro de que Jack no ha sido.

—Dudo que pueda convencer a la policía. A estas horas ya debe estar requerida por asesinato.

Linda bajó la cabeza.

—Lo sé —dijo—. Quizá hubiera sido mejor presentarme desde un principio y contar la verdad. Pero no me hubieran creído.

—Ahora, después de haber huido, tiene aún menos posibilidades de que la crean.

—¡No se entregará! —rugió Jack, al tiempo que se incorporaba del suelo.

Decidí ignorarle y cogí las fotos que estaban sobre la mesa.

—Bonitas fotos —dije.

—Fueron otros tiempos —respondió tristemente Linda—. Ahora él está muerto y todo ha terminado.

—¿Lo quería? —pregunté.

Ella asintió.

—¿A pesar de lo del chantaje?

Linda levantó la cabeza y me miró sorprendida.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Es una mera suposición. Brewing la chantajeaba, ¿verdad?

Linda meditó un instante y respondió:

—No sé si se le podría llamar chantaje. Digamos que me quitaba dinero. A mí no me importaba dárselo.

Guardé las fotos en el bolsillo de mi americana y me encaminé hacia la puerta. Jack intentó cerrarme el paso, pero Linda lo detuvo con un simple gesto.

—Será mejor que regrese junto a su marido —le dije—. Quizá entre todos logremos demostrar su inocencia. En cambio si continúa escondiéndose...

—Nunca regresaré con él. Debí abandonarle mucho antes.

—¿Por qué?

—Es un ser ambicioso, miserable, sádico. Reúne todos los defectos.

—¿Por eso se entregó a su socio?

—Puede ser.

—A mí no me da esa impresión —respondí—. Creo que la quiere. El día del asesinato parecía haber envejecido veinte años.

—A usted puede parecerle lo que quiera. En cambio yo no pienso volver a verle. Quizá vaya directamente a la policía. No lo sé... Tendré que pensarlo.

Me encogí de hombros y salí de la cabaña. Regresé a mi viejo

Plymouth y di media vuelta en forma de U para regresar a la ciudad.

## CAPÍTULO VI

En el camino de regreso a la ciudad me detuve en un quiosco a comprar el periódico. Linda Sharper, con unos años menos pero tan hermosa como ahora, parecía mirarme desde la primera página.

Su foto, a tres columnas, estaba situada debajo de un gran titular que decía:

### «UNA MUJER SOSPECHOSA DEL ASESINATO DE JOHN BREWING»

Con el periódico bajo el brazo regresé al coche y leí el artículo. No decía nada nuevo.

Sólo que la policía había logrado identificar a la mujer que había visitado a Brewing poco antes de que su cadáver fuese descubierto.

Las pesquisas de la policía para localizarla no habían dado, hasta el momento, resultados positivos.

Sin embargo, se aseguraba que en las próximas horas sería detenida.

«Así que finalmente le han dado publicidad», me dije mientras volvía a poner el motor en marcha.

Mientras me dirigía hacia el despacho de Sharper, pensé que a partir de este momento me convertía en un encubridor de un sospechoso de asesinato.

Mientras la policía no la había requerido oficialmente no tenía por qué saber que se la buscaba. Ahora era distinto.

Detuve el coche frente al edificio de la empresa y subí en el ascensor hasta la tercera planta.

Una joven morena y bonita estaba sentada detrás de una centralita telefónica. Me recibió con una hermosa sonrisa dejando ver su blanca y perfecta dentadura.

—Busco al señor Sharper —dije, colocando una tarjeta de visita sobre su escritorio.

—¿Tiene cita con él?

—Sí.

La joven leyó mi nombre en la tarjeta y levantó el auricular del teléfono.

Después de un momento dijo:

—El señor Al Harter está aquí, señor Sharper.

Volvió a colgar el auricular y señaló hacia una puerta.

—Ya puede pasar, señor Harter.

Le agradecí con una sonrisa y traspuse la puerta. Al hacerlo casi tropiezo con el sargento Dawson, que se disponía a salir en ese mismo momento.

—Hola. Harter. ¿Viene a ver a su cliente? —preguntó el policía dirigiéndome una mirada sardónica.

—Sí. ¿Hay algo de malo en eso?

—Yo no dije que fuese malo —dijo Dawson esbozando una sonrisa y luego agregó—: Hasta la vista, Harter.

Esperé que el policía se alejara y cerré la puerta.

Luego me volví hacia Sharper.

Estaba sentado detrás de su escritorio con la vista clavada en la puerta y una expresión de total abatimiento.

—¿Qué buscaba Dawson? —pregunté.

Sharper reaccionó, mirándome como si recién descubriese mi presencia. Hizo un gesto de desesperación y respondió:

—Quiere saber dónde está Linda. Supone que yo conozco su paradero.

—¿Y usted que le respondió?

—Que no tenía la menor idea.

—Ha sido una suerte que no me lo preguntara a mí. Muy probablemente se lo hubiera dicho.

Sharper saltó de su asiento como si hubiese sido impulsado por un resorte.

—¿Quiere decir que lo sabe?

Asentí.

Sharper dio la vuelta al escritorio y me cogió nerviosamente por un brazo.

—¿Dónde está?

—En una cabaña junto al lago Acton.

—¿Usted la vio?

—Sí, por supuesto. Hablé con ella.

—¿Por qué no me la trajo?

—Usted me contrató para que diese con su paradero, no para que la trajese a rastras. Ella no quiere verle.

Sharper palideció y se dejó caer sobre la silla.

Estaba como un boxeador tras recibir un contundente golpe en la cabeza.

Estuvo un momento en silencio y luego, con un hilo de voz, preguntó:

—¿Está sola?

—No. Jack Forstey está con ella.

—Tiene que llevarme hasta allí, Harter. Necesito verla, hablar con ella antes de que lo haga la policía.

—Lo siento, Sharper. Ya he terminado con mi trabajo. Si quiere verla puede ir solo. Es la única cabaña de madera que hay en la orilla este del lago. Sin embargo no se lo recomiendo. Lo mejor que puede hacer es avisar a la policía.

Sharper me miró asombrado.

—No pienso entregarla. ¡Eso jamás!

—Haga lo que quiera, Sharper. Era sólo un consejo. Yo por mi parte intentaré olvidar lo que he visto.

—¿Me abandona, Harter?

—Ya le he dicho que he cumplido con el trabajo que me encargó. Ya no puedo hacer más.

Sharper movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Comprendo —dijo con resignación—. Y le agradezco que no de cuenta a la policía.

—Aún hay algo más —dije.

Sharper levantó la cabeza y me miró asustado.

Mi tono de voz no era precisamente alegre.

—¿Sí?

Metí la mano en el bolsillo de la americana y saqué las dos fotografías de Linda con Brewing. Las arrojé sobre el escritorio.

Sharper cogió las fotos con las manos temblorosas y las miró detenidamente. Luego las arrugó entre sus manos y las arrojó dentro de la papelera.

—No parecen fotos de un chantajista y su víctima.

—¡Déjeme en paz! —gritó como enloquecido—. Esas fotos son trucadas. No puede ser cierto. Ellos no...

—Sí, Sharper. Ellos fueron amantes y sospecho que usted lo sabía.

—No. No lo sabía y además me niego a creerlo.

—Pregúnteselo a ella. No creo que tenga reparo alguno en decírselo. Adiós, Sharper. Buena suene.

Sharper me echó una mirada suplicante.

—Disculpe, Harter. No debí gritarle. Esas fotos me sacaron de las casillas.

—No se preocupe. Adiós.

—Adiós, Harter. Le enviaré sus honorarios.

Salí del despacho y saludé a la morena con un guiño. Me metí en el ascensor y regresé al coche.

Puse el motor en marcha y me dirigí a mi casa. Tenía deseos de descansar.

La llamada persistente del timbre de la puerta me sacó de la cama. Atravesé a tientas la habitación y encendí la luz. El reloj de la mesita de noche marcaba las cuatro de la madrugada. Era el segundo día consecutivo que me despertaban a aquella hora. Maldiciendo por lo bajo, me puse la bata de franela, atravesé el *living* y abrí la puerta. *Linda Sharper estaba allí, de pie en el pasillo de la escalera.*

Su rostro estaba pálido como un papel y profundas ojeras surcaban sus mejillas.

Su visión me sobresaltó.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Linda abrió la boca pero no alcanzó a decir nada.

La cogí por un brazo y atravesé con ella el vestíbulo hasta acomodarla en un sofá del *living*.

Me senté a su lado.

La observé durante unos segundos en silencio y noté que todo su cuerpo temblaba levemente. Tiritaba de frío y estaba bajo los efectos de un *shock* nervioso.

—¿Tiene frío? —pregunté.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Será mejor que le sirva algo caliente.

Me dirigí a la cocina y preparé una taza grande de café.

Le agregué una medida de *whisky* y le puse la taza en la mano.

Lo bebió de un largo sorbo y su rostro adquirió un color más rojizo. Parecía más repuesta.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias.

Nos quedamos unos instantes en silencio, sentados uno frente a otro.

No quería forzarla a hablar.

Esperaba que ella lo hiciera por su propia voluntad.

Transcurrieron aún unos minutos en los que sólo se escuchaba su respiración jadeante y entrecortada. Finalmente dijo:

—Vine a pedirle ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? No puedo seguir encubriendo a una sospechosa de asesinato.

—Es verdad. No le voy a pedir que lo haga. Pienso entregarme apenas salga de aquí. Me serví yo también un vaso de *whisky* y bebí un largo trago.

—Me parece lo más sensato —dijo, mientras saboreaba el *whisky* —.

No puede seguir ocultándose mucho tiempo más.

Ella asintió con un gesto y luego preguntó:

—¿Quiere ayudarme o no?

—Depende de lo que se trate.

Linda abrió el bolso y sacó un fajo de billetes. Lo puso sobre la mesa.

—Son quince mil dólares —dijo—. Es todo lo que puedo pagarle.

Miré el fajo de billetes y ni siquiera lo toqué. Encendí un cigarrillo y levanté la cabeza hacia ella. Sus ojos reflejaban una gran ansiedad.

—¿Qué responde, señor Harter? —preguntó.

—Es una suma interesante —dijo—. ¿Qué debo hacer para ganármela?

—Descubrir al asesino de Brewing.

—Eso ya me lo he propuesto y debo confesar que no he tenido éxito.

—No tenía las pistas que le daré yo.

Me quedé mirándola fijamente.

Linda ya no parecía la misma mujer que había llegado tiritando

de frío y de miedo. Hablaba con decisión y seguridad.

—¿Por qué me lo plantea ahora? Pudo haberlo hecho ayer en la cabaña.

—Hasta ese momento aún confiaba en Jack. Él estaba investigando por su cuenta.

—¿Ya no confía en él?

—Sí. Es un buen muchacho y me tiene un gran aprecio. Sin embargo después de que usted se fue discutimos y me dejó.

—¿Por qué discutieron?

—Yo pensaba que lo mejor era entregarme inmediatamente a la policía y pedirle ayuda. Él se puso furioso. Dijo que estaba a punto de descubrir algo importante.

—¿Adónde se fue?

—No lo sé. Pensé que volvería esa misma noche pero no lo hizo. Yo estaba nerviosa y cogí el coche para ir a buscarle, pero no le encontré. Fue por eso que decidí venir a verle a estas horas. Incluso temo que le haya podido pasar algo... por mi culpa.

Su rostro se ensombreció al decir esta última frase y en sus ojos aparecieron algunas lágrimas.

—Dijo que me daría algunas pistas...

Linda abrió nuevamente el bolso y sacó un mechero de oro. Me lo entregó.

Sostuve el mechero en la mano y lo examiné detenidamente. Era el mechero más valioso y pesado que había visto en mi vida. Una auténtica pieza de alta joyería.

—Lo encontré junto al cadáver de John —dijo Linda.

—¿No sería de él?

—No lo creo. Estaba atravesando por un mal momento económico. Además John no fumaba.

—¿Eso es todo?

—Hay algo más. John me llamó la mañana del crimen y me dijo que le estaban presionando para que pagara una deuda. Necesitaba doscientos mil dólares. Una suma que yo no podía conseguir.

—¿Qué más le dijo?

—Que le habían dado plazo hasta el mediodía para pagar. Si no lo hacía, me dijo que le matarían.

Recordé la visita de Chase y sus secuaces y pregunté:

—¿Cree que le han matado sus acreedores?

—No lo sé. Otras veces estuvo en situaciones similares y nunca llegaron a hacerle nada. Sabían que tarde o temprano pagaría.

—¿Se le ocurre algún otro sospechoso?

—Que yo sepa John no tenía enemigos.

Saqué un cigarrillo y lo encendí con el mechero de oro. Luego lo guardé en un bolsillo de la bata.

—No le prometo nada, Linda. Sus pistas no son suficientes para dar con el asesino, pero al menos lo intentaré.

Cogí los quince mil dólares y se los devolví.

Ella me miró asombrada.

—Son sus honorarios —dijo—. Puede quedárselos.

—Ya me pagará la mitad si descubro al asesino. Si no lo hago no me deberá nada.

—Si no lo hace yo tampoco necesitaré el dinero —dijo con una sonrisa triste. Comprendí perfectamente lo que quiso decir pero no dije nada.

Improvise una cama en un sofá del *living* y le cedí mi dormitorio.

—Será mejor que descanse —le dije—. Mañana por la mañana tendrá que presentarse en la policía.

Linda asintió y se encaminó hacia el dormitorio.

La vi cerrar la puerta y me recosté en el sofá. Eran las seis de la mañana y ya no tenía ganas de dormir.

## CAPÍTULO VII

Dejé a Linda en la Jefatura de Policía y fui a ver a Mac Donald, un viejo amigo dedicado a la joyería y que tiene una pequeña tienda llena de los objetos más extraños y valiosos. Cuando entré, estaba examinando un reloj con una lupa. Dejó caer la lupa sobre el escritorio y me estrechó la mano.

—¿Cómo estás, Al? Tanto tiempo sin verte.

Correspondí al saludo y saqué el mechero de oro que me había entregado Linda. Lo deposité sobre la mesa.

—Quiero que estudies este mechero y me digas de él cuánto sepas.

Mac Donald cogió el mechero y lo examinó detenidamente durante unos minutos.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Todo.

—Es una pieza de mucho valor. Muy extraña. Seguramente ha sido hecha por encargo.

—¿Estás seguro?

—Sí. Es de elaboración artesanal. Tiene todas las características de haber sido hecha por Moureliev, un gran joyero artesano ruso que reside en París. ¿De dónde la has sacado?

—Me la entregó un cliente en custodia. Quería que le dijese su procedencia. Este cliente encontró el mechero y quiere saber quién es su propietario.

—Es algo muy valioso. No sólo por el oro, que lo lleva en cantidad, sino por su fina elaboración. Moureliev hace este tipo de piezas, que siempre son únicas. Trabaja sólo por encargo. Es todo lo que te puedo decir.

—¿Podrías hacer algo por mí? —pregunté.

—¡Claro, Al! Encantado de poder servirte.

—Quiero que hagas dos copias lo más exactas posibles de este

mechero. ¿Te animas? Mac Donald volvió a estudiar el mechero y meditó durante unos minutos.

—Sí, creo que podría hacerlo. Pero serían muy caras. Sólo en oro hay muchísimo dinero.

—No me importa el material de que las hagas. Puedes utilizar cobre o bronce con un baño de oro.

—Sí, podría hacerlo. ¿Para qué las quieres?

—Una de ellas se la enviarás a Moureliev acompañada de una carta y le preguntarás el nombre del individuo que le compró el original. La otra me la darás a mí.

Mac Donald se encogió de hombros y dijo:

—Está bien, Al. ¿Para cuándo las quieres?

—Lo antes posible.

Mac Donald reflexionó un momento y dijo:

—Una de ellas puedo tenerla mañana, siempre y cuando trabaje toda la noche.

—No te preocupes. Te pagaré por ello. ¿Cuándo tendrás la otra?

—Pasado mañana. Se la enviaré directamente a Moureliev.

Nos estrechamos la mano y salí de la tienda. Si mi plan daba resultado quizá en muy pocos días conocería la identidad del asesino de Brewing.

Llegué al despacho a primera hora de la tarde. Recién comido y sentía el estómago pesado y unos enormes deseos de dormir.

Cogí las cartas del buzón y me senté tras el escritorio. Abrí las dos primeras. Una de ellas era la factura de la electricidad y la segunda el estado de mi cuenta bancaria. La tercera era un sobre blanco que no llevaba ni siquiera mi nombre y seguramente había sido puesto personalmente esa misma mañana. Rasgué el sobre y saqué de su interior un papel amarillento y escrito con mala caligrafía.

Lo leí con dificultad. Decía:

«Venga a verme inmediatamente. Creo haber descubierto algo importante en el caso Brewing. Le espero en la cabaña».

Llevaba la firma de Jack Forstey.

Guardé el papel en el bolsillo, reprimí un bostezo y salí

nuevamente a la calle.

A aquella hora el tránsito era muy denso y tardé más de veinte minutos en salir del centro.

Cuando llegué a la carretera apreté el acelerador a fondo hasta situarme en las cien millas a la hora. Era lo máximo que podía dar mi viejo Plymouth.

Al coger el desvío para el lago Acton un coche negro que venía en dirección contraria estuvo a punto de arrollarme.

Cuando lo vi, apenas tuve tiempo de girar el volante y salirme del camino para dejarle el paso libre.

Aún no repuesto de la impresión, retomé el camino de tierra y diez minutos después me detuve frente a la cabaña.

La moto de Jack estaba junto a la puerta.

Salté del coche y me encaminé a la cabaña.

La puerta estaba abierta.

Entré.

—¡Jack! —grité.

Nadie me respondió.

Recorrí el *living* y los dos dormitorios sin encontrar el menor rastro del hombre.

Sobre la mesita de noche de la habitación principal había una taza de café aún caliente y un cigarrillo que se había consumido sólo en el cenicero.

Salí al exterior y di una vuelta alrededor de la cabaña. Tampoco aquí había el menor indicio de Jack.

De pronto me acordé del coche negro que estuvo a punto de colisionar con el mío en el camino y pensé que quizá Jack fuese en él.

No se me ocurría otra explicación.

Me dirigí hacia el coche. Antes de subir miré una vez más hacia la casa y sus alrededores. Una mancha oscura en medio del lago me llamó la atención. Parecía algo que flotaba a pocos centímetros de la superficie.

Me acerqué a la orilla y miré con mayor atención.

Aquello estaba a unos setenta metros de donde me encontraba y no lo podía distinguir con claridad. Sin embargo tenía un mal presentimiento.

Me quité la ropa y quedándome solo con el *slip* me arrojé al

agua.

Comencé a nadar con la cabeza levantada para no perder de vista la mancha negra que flotaba en medio del lago.

Cuando sólo estaba a veinte metros me di cuenta de lo que era.

Primero descubrí un brazo, luego una mano tremendamente hinchada como la de un monstruo. Luego sus cabellos negros y, por último, su rostro deformado con los ojos saltones y una horrible lengua hinchada que parecía llegarle hasta la barbilla.

Di un mayor impulso a mis brazadas, cogí lo que quedaba de Jack Forstey y lo arrastré por los cabellos hasta la orilla.

Tenía la hinchazón característica del ahogado pero una profunda herida en la cabeza revelaba que había sido golpeado con algún objeto contundente antes de ser arrojado al lago.

Dejé el cadáver sobre la arena y regresé al coche con la respiración jadeante por el esfuerzo.

Puse el motor en marcha y me dirigí a la ciudad por la carretera nacional.

Me detuve frente a una cabina telefónica y pedí comunicación con el sargento Dawson de la Brigada de Homicidios.

Esperé unos segundos y escuché la voz del sargento al otro lado de la línea:

—Aquí Dawson. ¿Quién habla?

—Soy Harter.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó de mal humor.

—Tengo algo para usted. Algo que quizá le pueda interesar.

—Hable de una vez, Harter —rugió.

—El cadáver de Jack Forstey estaba flotando en el lago Acton. Tuve que nadar más de cien metros para rescatarlo.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿De quién me dijo que era el cadáver?

—De Jack Forstey. ¡Supongo que habrá oído hablar de él!

—Sí. Linda Sharper me ha dicho alguna cosa sobre ese tal Forstey. Pero... ¿qué estaba haciendo usted en el lago Acton?

—Forstey me dejó una nota en el despacho diciéndome que me esperaba ahí. Al parecer había descubierto algo importante con relación al caso Brewing.

—El «caso Brewing» ya no existe, Harter. Tenemos a la asesina y esperamos arrancarle pronto su confesión.

—Se equivoca, Dawson. Linda no mató a nadie. Si ella hubiese sido la asesina, a esta altura Forstey no estaría muerto.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—El asesino de Brewing es el mismo que mató a Forstey. De eso estoy seguro.

—Guárdese para usted sus hipótesis, Harter, y no se entrometa más en este asunto, ¿quiere?

—Trabajo para Linda. Me encargó que descubra al asesino y no me gusta defraudar a mis clientes.

—No pierda el tiempo, Harter. Ella mató a Brewing y quizá también a Forstey.

—¡Imposible! Forstey estaba vivo esta mañana y a esa hora ella estaba con usted. Dawson quiso preguntarme algo más pero le interrumpí.

—Se me acaban las monedas, sargento. Es hora de que vaya a retirar el cadáver de Forstey. En cuanto pueda pasaré por su departamento a hacer la declaración.

Cuando interrumpí la comunicación, Dawson seguía intentando decirme alguna cosa.

Regresé al coche y me dirigí velozmente al piso de Forstey. Quería registrarlo antes de que lo hiciese la policía.

Al verlo lo reconocí de inmediato.

Era el mismo coche negro que se me había echado encima en el camino de la cabaña.

Estaba aparcado frente a la puerta del edificio y no había nadie en su interior.

No creo demasiado en las coincidencias, de modo que comprobé que mi pistola estuviese a punto y me encaminé hacia la puerta con toda precaución.

Abrí la puerta del edificio y atravesé el vestíbulo. Subí las escaleras y me detuve en la primera planta donde estaba el piso de Jack. Pegué la oreja a la puerta y escuché.

Un ruido de muebles, cajones y pisadas llegó claramente a mis oídos. Resultaba evidente que estaban registrando el piso y eran más de uno.

Volví a descender las escaleras y salí a la calle.

Me acerqué al coche negro y traté de abrir las portezuelas. Pude hacerlo con una de ellas y me escondí en el hueco que separa el

asiento trasero con los respaldos de los delanteros.

Mi esperanza era que fuesen sólo dos y que se sentasen en los asientos de delante.

Aguardé durante más de una hora. Los huesos me dolían en aquella posición tan incómoda. Por fin escuché el ruido de una puerta al cerrarse y unos pasos que se acercaban.

Primero se abrió la portezuela del conductor y segundos después la del acompañante. Sin embargo, desde mi posición no podía ver a sus ocupantes.

El motor se puso en marcha y el coche arrancó bruscamente.

Me llevé la mano a la sobaquera y desenfundé la pistola. Le quité el seguro y la empuñé en una mano sin salir del lugar donde me encontraba.

Después de unos segundos de silencio, el hombre que conducía el coche dijo:

—Al jefe no le gustará nada que no lo hayamos encontrado.

—Lo hemos registrado todo. Estoy seguro de que no estaba aquí. Ese tío habrá querido engañarnos para sacar algún dinero.

—De todas formas parecía saber demasiado. La carta lo ponía todo. Seguramente alguien se lo dijo y se quiso aprovechar.

—Es probable. Pero no te preocupes. Ya le localizaremos.

Aquella conversación no me decía nada. De modo que decidí actuar.

Incorporándome bruscamente por detrás de los respaldos apoyé el cañón de la pistola contra la nuca del acompañante.

Éste se volvió sorprendido y entonces descubrí que era Franck, el grandullón del Bonanza Club. El pequeñín estaba a su lado, al volante del coche.

—No te muevas, Franck —dije suavemente, y oprimí la punta del cañón contra su cabeza—. No quisiera tener que volarte la tapa de los sesos.

El rostro de Franck se congestionó de ira pero se volvió hacia delante y no dijo nada.

—¿Qué haces aquí, «metelíos»? —preguntó el pequeñín.

—Pasaba por aquí cuando vi vuestro coche. Entonces me decidí a saludaros. Y vosotros, ¿qué buscáis?

—Vinimos a saludar a un amigo.

—Y no lo encontrasteis, ¿verdad?

—No. ¿Cómo lo sabes?

—Porque su cuerpo está flotando en medio del lago Acton. Vosotros le habéis arrojado allí.

A través del retrovisor vi que los ojos del hombrecillo se abrían de asombro y su rostro palidecía.

—No sé a quién te refieres —dijo.

—A Jack Forstey.

—Nosotros ni siquiera le conocemos, Harter. Te digo la verdad.

—¿Qué estabais haciendo esta tarde en su cabaña? Casi me lleváis por delante en el camino. ¿O es que no lo recordáis?

—Recibimos una nota suya diciéndonos que tenía cierto material que nos podía interesar. Cuando llegamos no le encontramos y por eso vinimos aquí.

—... Y también por eso registrabais su casa.

—Queríamos comprobar si realmente tenía lo que decía tener.

—Será mejor que hable con vuestro jefe. Quizá él pueda aclararme mejor las cosas. Continuamos en silencio hasta que el coche se detuvo frente al Club Bonanza.

—Bajad con cuidado —dije—. Os estaré apuntando.

Los dos hombres descendieron del vehículo y yo les seguí un paso detrás y con la pistola incrustada contra las costillas del grandullón.

Era temprano aún y la puerta estaba cerrada. El hombrecillo abrió con una llave y nos introdujimos en el local vacío.

Atravesamos el bar y descendimos la escalera que daba a la sala de juegos.

Les ordené que se detuvieran frente a la puerta de las oficinas y dije:

—Abran con mucha precaución. Si me pongo nervioso puede escapárseme algún tiro.

El grandullón abrió la puerta y entramos. Tampoco estaba la secretaria.

De la oficina contigua escuchamos la voz de Chase:

—¿Eres tú, Frank?

Le hice un gesto para que respondiese.

—Sí —dijo el grandullón.

Segundos después, Chase abrió la puerta. Hizo un gesto como si fuese a decir algo y quedó como petrificado de asombro.

—¿Qué estás buscando aquí, Harter? —dijo.

—Encontré a sus dos guardaespaldas en el piso de Jack Forstey. Da la casualidad de que Forstey está muerto. Fue asesinado esta mañana.

Chase miró a sus dos secuaces como consultándoles con la vista.

—Nosotros no hemos sido —dijo el hombrecillo.

—Demasiadas coincidencias —respondí.

—Ellos no tenían por qué hacerlo —dijo Chase—. Pero... por qué no lo discutimos con calma.

—Está bien —respondí señalando hacia el interior de su despacho—. Que sus hombres esperen afuera. Si intentan cualquier cosa no dudaré en disparar contra usted.

Chase asintió y entró en su despacho. Yo le seguí y me mantuve de pie contra la pared apuntándole con la pistola.

—¿Para qué fueron sus hombres a ver a Jack Forstey?

—Nos envió una nota. Decía tener cierta cosa que nos interesaba. Yo supuse que era un documento muy importante y pensé que Forstey querría canjearlo por dinero. Por eso envié a mis hombres. No tenían órdenes de matarlo y dudo que lo hubiesen hecho.

—¿Qué clase de documento?

—Eso no pienso decírselo. No viene al caso.

Levanté el auricular del teléfono y le miré directamente a los ojos.

—Si lo prefiere puedo llamar a la policía. Le diré que he encontrado a sus hombres en el camino del lago y minutos más tarde registrando el piso de Forstey. ¿Qué cree que pensarían?

—Está bien —dijo—. Era un documento que había hecho Brewing cediéndome el cincuenta por ciento de sus acciones en cierta empresa a cambio de la deuda que tenía conmigo.

—¿La empresa de Sharper?

Chase asintió.

—¿Por qué pensó que Jack podía tener ese documento?

—Por qué Brewing nunca llegó a dármele aunque lo tenía hecho en el momento en que lo mataron. Si la asesina fue la esposa de Sharper era lógico pensar que se lo había dado a su amigo.

—¿Tiene la nota que le envió Jack?

Chase revolió en uno de los cajones y me extendió un papel

amarillento. Era igual al que yo había recibido y tenía la misma letra. Decía:

«Si quiere recuperar un documento de gran importancia para usted venga a verme esta tarde a la cabaña de madera que está junto al lago Acton».

La firma correspondía con la de la nota que yo había recibido.

Me guardé el papel en el bolsillo y dije:

—Si la policía se entera de la existencia de ese documento será usted tanto o más sospechoso que Linda Sharper.

Chase abrió la boca pero no dijo nada. Yo agregué:

—Sin embargo no creo que sea usted el asesino. Es un truhan, quizá también un delincuente, pero no un asesino.

—¿Qué piensa hacer, Harter? —preguntó suplicante—. ¿Informará a la policía?

—Si sus hombres no intentan nada contra mí, intentaré dar con el asesino. Creo saber quién es. Si mis sospechas son equivocadas no tendré más remedio que informar de todo a las autoridades.

—Mis hombres no le molestarán. Se lo prometo.

Chase me extendió la mano pero yo la ignoré. Me volví hacia la puerta y salí de la oficina.

## CAPÍTULO VIII

Me desperté sobresaltado a las ocho de la mañana. Había soñado horribles pesadillas en las que el cadáver de Jack Forstey me arrastraba hasta las profundidades del lago.

Salté de la cama y me di una ducha de agua fría. Luego me afeité y me preparé un café doble que bebí de pie en la cocina.

Me sentí nervioso como un estudiante a punto de rendir un examen. Creí estar a punto de dar con la clave de todo este asunto y estaba ansioso por resolverlo.

Bajé al garaje unos minutos antes de las nueve y cogí el coche enfilando en dirección al centro.

Estacioné en la puerta de la joyería MacDonald y llamé a la puerta. MacDonald abrió y me hizo pasar.

—¿Lo tienes terminado? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué tal ha quedado?

MacDonald abrió un cajón y sacó dos mecheros. El original y la copia. Eran realmente iguales y sólo un experto podría distinguirlos.

—Creo que es un buen trabajo —dijo.

—Ya lo creo. Ni siquiera sé cuál es el original.

—Te darías cuenta tomándoles el peso. El original es mucho más pesado.

Los cogí en la mano e inmediatamente noté la diferencia.

—Haz la segunda copia y envíasela a Moureliev. Ya creo saber quién es el propietario, pero no está de más una confirmación.

Mac Donald asintió.

Cogí el duplicado, me lo guardé en el bolsillo de la americana y tras despedirme de MacDonald salí nuevamente a la calle.

El día era primaveral y la temperatura agradable. Decidí dejar el coche donde estaba e ir andando hasta el despacho.

Durante el camino pensé en todo el asunto e intenté atar los

últimos cabos que me quedaban sueltos.

Llegué cerca de las diez. Cogí el ascensor, abrí la puerta del despacho, atravesé el vestíbulo y me senté detrás del escritorio.

Cinco minutos después oí el motor del ascensor y el ruido de unos pasos que se me acercaban. Instantes después vi la silueta de un hombre a través de los cristales esmerilados de la puerta.

El hombre se detuvo como si estuviese escuchando y tanteó el picaporte de la puerta.

—Adelante, señor Sharper —dije sin moverme de mi asiento—. La puerta está abierta. Arnold Sharper entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí. Parecía sobresaltado.

—Tome asiento, señor Sharper —dije, señalando la silla que estaba al otro lado del escritorio.

Sharper avanzó con paso vacilante y se sentó frente a mí.

—¿Cómo supo que era yo? —pregunté.

—Digamos que tuve un pálpito. Esperaba que viniera.

—¿Recibió la carta con sus honorarios?

—Sí. La recibí hace un par de días. ¿En qué puedo servirle ahora?

Sharper carraspeó y dijo:

—Me han dicho que mi esposa le contrató para que descubra al verdadero asesino.

—Sí, es verdad.

—¿Pudo descubrir alguna cosa?

—Sí. Algo he avanzado, pero aún es temprano para estar seguro de que voy por el buen camino.

—Yo creo poder ayudarle.

—¿Ah sí?

—Sí. Debe dirigir las investigaciones hacia el lado de Chase. Él tenía motivos suficientes para matar a Brewing y también a Forstey.

—¿Cuáles son esos motivos?

—Usted los conoce bien. Brewing debía mucho dinero a Chase y no lo podía pagar.

—¿En cuanto a Forstey?

—Descubrió alguna pista que involucraba a Chase y éste le mató.

—¿Cómo lo sabe?

Sharper metió la mano en un bolsillo de su americana y me

entregó una hoja escrita a mano y firmada por Forstey. En ella le decía que quería verle por algo que había descubierto en el asesinato de Brewing y que podía servir de prueba para inculpar a Chase. La letra no se parecía en nada a las dos notas que yo tenía en el bolsillo.

—¿Por qué le escribió a usted? —pregunté.

—Eso es lo que no puedo entender. Quizá para que le acompañase a la policía.

—¿Fue a verle usted?

—Sí. Pero no le encontré. Después me enteré de que había sido asesinado.

Reflexioné sobre lo que me había dicho y saqué el paquete de cigarrillos. Le ofrecí uno. Sharper aceptó y yo cogí uno para mí.

Extraje el mechero que me había entregado MacDonald y le di fuego.

Sharper encendió el cigarrillo y de pronto lo vio.

Me cogió la mano.

—¿De dónde sacó este mechero? —preguntó.

—Lo encontré aquí, sobre la mesa —mentí.

—Debí olvidármelo el día que vine a verle.

Dejé que lo cogiera y vi que su rostro palidecía.

—Éste... éste no es —dijo, pesándolo.

—No —repuse—. El original se lo dejó junto al cuerpo de Brewing después de matarle. Seguramente le dio fuego antes de disparar contra él y no tuvo cuidado en guardarlo bien en el bolsillo. Quizá estaba muy nervioso y se dio cuenta cuando se le cayó al suelo.

Sharper me miró asombrado y durante unos segundos no dijo nada. Luego reaccionó:

—Eso es un disparate —rugió—. Además puede haber otros iguales.

—Dentro de dos o tres días tendremos la respuesta a eso. He enviado una carta a su fabricante para que certifique quién es el propietario. Tengo entendido que son modelos únicos.

—Pude... pude olvidármelo en otro momento —balbuceó—. He visitado la casa de Brewing en más de una ocasión.

—Dudo que el juez vaya a creerle. Además el mechero no es más que una prueba accesoria. Existen otras.

Sharper se echó hacia atrás y se llevó una mano a la cintura en busca de la pistola.

No tuvo tiempo de alcanzarla.

Me abalancé sobre él y le golpeé con el canto de la mano en el cuello, inmovilizándolo.

—Será mejor que no haga tonterías —dije, al tiempo que le apuntaba con mi pistola—. Puedo matarle en defensa propia. No tendría el menor remordimiento en hacerlo.

Sharper se quedó inmóvil en el asiento cogiéndose el cuello con una mano. Estaba pálido y tenía el rostro desencajado.

Le quité la pistola y la guardé en uno de los cajones del escritorio. Luego descolgué el teléfono y llamé al sargento Dawson.

—¿Puede venir por mi oficina, sargento? —pregunté—. Tengo una sorpresa para usted.

—¿Qué sorpresa? —preguntó de mal humor—. Ya sabe, Harter, que no me gustan las bromas.

—El asesino de Brewing y Forstey. Ya le había anunciado que daría con él.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Luego preguntó:

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Estaré ahí en quince minutos.

Colgué el auricular y me quedé mirando a Sharper. Éste levantó la cabeza hacia mí y preguntó:

—Usted ha ganado, Harter —dijo con tono de resignación—. Al menos dígame cómo lo ha descubierto.

—Tenía varias pistas que apuntaban hacia usted. Pero no estuve seguro de ellas hasta hace un momento. Su caligrafía era muy distinta a la que había recibido yo y también a la de Chase. Eso prueba que usted me escribió a mí y a Chase. Yo anteriormente había comparado la nota que recibí con el talón que usted me envió y descubrí que la caligrafía era extraordinariamente parecida.

—Eso es ridículo. ¿Para qué iba a querer escribirles?

—Se lo explicaré todo desde el principio.

«Cuando usted vino a verme por primera vez a mi oficina ya pensaba liquidar a Brewing. Tenía un doble motivo para hacerlo: las relaciones amorosas que mantenía con su esposa y que despertaban sus celos y el documento que éste había hecho transfiriendo el

cincuenta por ciento de las acciones de su empresa a Chase. Usted sabía que si un truhan como Chase se apoderaba de esas acciones no tardaría en quedar como dueño absoluto de la empresa».

—¿Cómo supo lo del documento?

—Me lo dijo el propio Chase. Cuando lo hizo no se dio cuenta de que me estaba dando la clave que me faltaba para atar los últimos cabos.

—Pero si yo pensaba asesinar a Chase, ¿no le parece ridículo que le contratase a usted para vigilarle?

—Sí. Eso fue inteligente de su parte y me hizo descartarle como sospechoso en un primer momento. Luego me di cuenta de su táctica. Usted sabía que Chase iba a visitar a Brewing ese mediodía para buscar el documento. Antes de que llegase, usted llamó a Brewing y le pidió que demorase la entrega veinticuatro horas hasta que pudiese arreglar unos asuntos. Brewing atendió sus razones y se negó a entregar el documento a Chase. Éste se retiró furioso y usted entró inmediatamente por el ventanuco de la cocina, subió hasta la segunda planta, le mató y destruyó el documento. Quizá lo quemó con el mechero de oro que luego, con el nerviosismo, dejó caer. Esa posibilidad se me acaba de ocurrir.

«Después de matar a Brewing huyó por dónde había entrado. Yo estaba en el frente de la casa y no podía verle. Era, sin embargo, un testigo excepcional para inculpar a Chase, que era lo que a usted le convenía. Pero luego llegó Linda y lo echó todo a perder. Usted no podía saber que Brewing la había llamado antes diciéndole que necesitaba dinero para pagar a Chase».

Sharper escuchó en silencio mi relato y movió la cabeza afirmativamente.

—Es usted un investigador muy hábil, señor Harter. Creo que le subestimé. Pero... ¿cómo explica la muerte de Jack?

—Muy fácil. Jack estaba investigando el asesinato. Una noche me lo encontré en la casa de Brewing y me golpeó en la cabeza quitándome las fotografías de Linda y una agenda que yo había encontrado. Las fotografías las recuperaré. No así la agenda. Supongo que Jack descubrió en esa agenda alguna referencia al documento que Brewing iba a entregar a Chase. Lógicamente creyó que aquello inculpaba a Chase. No se dio cuenta de que en realidad le inculpaba a usted. Fue así que le escribió una nota diciéndole que quería

verle. Usted decidió quitarle del medio pero antes escribió una nota apócrifa a Chase y otra a mí. Su intención era simular a la de su primer crimen. Que yo llegase a la cabaña en el momento en que Chase se retiraba y que luego se descubriese el cadáver de Jack. En ese caso yo sospecharía de Chase, como efectivamente sucedió en un principio.

—En su relato casi perfecto —dijo Sharper—. Hay algunos detalles equivocados pero he de confesar que son de poca importancia. Sin embargo creo que tiene pocas pruebas.

—Las que hay son más que suficientes para condenarle.

Sharper se encogió de hombros.

—Puede ser —dijo, como si aquello ya no le importase demasiado—. De todas formas casi prefiero que me condenen a mí y no a Linda. Si ella no hubiese ido a ver a Brewing en aquel momento, estoy seguro de que no me hubiesen descubierto. No habría tenido motivos para matar a Jack y no habría escrito esas malditas notas.

—Es probable. Quizá a estas alturas sería Chase el que estaría en el banquillo de los acusados.

—Ésa era mi intención —dijo Sharper tristemente.

Al cabo de unos instantes, el sargento Dawson y dos de sus hombres entraron en el despacho.

—Aquí tiene al asesino, sargento.

Dawson miró a Sharper con incredulidad.

—Es verdad —dijo Sharper—. Yo maté a John Brewing y a Jack Forstey.

—Todo lo que declare en este momento puede ser utilizado en su contra —dijo Dawson—. Si lo prefiere podemos llamar a un abogado.

—No. No hace falta.

Sharper extendió las manos y uno de los policías le colocó las esposas.

Antes de salir Dawson se volvió hacia mí. Sus ojos pequeños y vivaces se clavaron en mi rostro.

—¿Cómo lo descubrió, Harter?

Cogí el mechero y las cartas y se los entregué.

—Él se lo explicará todo —dije, señalando a Sharper con un movimiento de cabeza.

Dawson cogió las cartas y el mechero y emitió un gruñido. Abrió la puerta y salió de la oficina procedido por Sharper y los dos policías.

Cuando estuve solo me serví un *whisky* y lo bebí de un solo trago. Pensé en Sharper y me di cuenta de que sentía lástima por él.

## CAPÍTULO IX

Estaba más hermosa que nunca.

Sus grandes ojos azules me miraban sin pestañear desde el otro lado de la puerta y una dulce sonrisa enseñaba sus dientes blancos y perfectos.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Sí, Linda. Adelante.

Me hice a un lado y le franqueé el paso.

—Acabo de salir de prisión —dijo—. Y no tenía adónde ir.

—Puedes quedarte aquí si lo deseas —respondí, y la llevé hasta el *living*.

Linda se sentó en un sofá y abrió su bolso.

Sacó el mismo fajo de billetes y en una acción que parecía repetida, lo dejó sobre la mesa.

—Tenía una deuda con usted.

Cogí cinco mil dólares y le devolví el resto.

—Esto es para pagar el trabajo de un amigo —dije, recordando los mecheros de Mac Donald—. El resto puedes guardártelo.

—¿No cobras tus honorarios?

—Me alcanza con tú presencia —dije sonriendo—. Es suficiente pago por dos días de trabajo.

Ella sonrió y encogiéndose de hombros volvió a guardar el dinero en el bolso.

—Es usted un tío extraño, Harter.

—Puedes llamarme Al.

—Digo que eres un tipo extraño, Al.

—¿Te resulta extraño que me gusten las mujeres como tú?

Linda volvió a sonreír y noté que se ruborizaba.

—No lo decía por eso. Me refería al dinero. Parece no interesarte.

Me encogí de hombros.

—Le doy el valor que tiene. Ni un punto más ni un punto menos.

—¿A qué le das valor? —preguntó.

La miré un momento en silencio.

Me senté a su lado y cogiéndola por la barbilla la besé en la boca.

—A esto —dije, después de besarla.

—Eres maravilloso, Al —dijo ella, y volvió a entreabrir los labios.

Esta vez la besé con mayor apasionamiento.

—Iba a pedirte que me dejaras pasar la noche aquí —dijo—. Pero veo que será demasiado peligroso.

—¿Peligroso para quién? —pregunté.

—Para los dos.

No pude más que reír.

Luego dije:

—Puedes marcharte si lo deseas —dije—. Pero te garantizo que yo soy todo un caballero. No pienso forzarte a nada que no quieras hacer.

—Está bien. Me quedaré. Pero sólo impongo una condición.

—¿Qué condición? —pregunté.

—Que no me dejes sola como la otra noche. Suelo tener horribles pesadillas.

—Eso también te lo puedo garantizar —respondí.

Volví a besarla y mis manos comenzaron a recorrer su hermoso cuerpo.

Uno a uno fui desprendiendo los botones de la blusa hasta descubrir sus hermosos pechos.

—Te deseaba, Al —dijo mientras le besaba los pechos—. La otra noche no hice más que esperarte.

No respondí.

Me limité únicamente a quitarle el resto de la ropa y a desnudarme yo también.

La llevé en brazos hasta el cuarto y la arrojé sobre la cama. Me recosté sobre ella y sólo entonces dije:

—No volveré a hacerte esperar, Linda. Te lo prometo.



*Las mejores novelas de*



**MARCIAL LAFUENTE**

# **ESTEFANIA**

el mundialmente famoso autor,  
pueden saborearse en las  
COLECCIONES

## **CENTAURO y OESTE LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la  
oportunidad de leer estas  
primeras ediciones, en las que  
cada título es un vendaval  
de emoción!

**Asegure su ejemplar**

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

